

Selección TERROR

LA BESTIA DE ACERO



SELECCION

TERROR

JOSEPH BERNA

LA BESTIA DE ACERO

Colección SELECCION TERROR
n.° 490 Publicación semana

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

485 — Ojos que vigilan, *Curtis Garland*
486 — Ven a charlar esta noche, *Lou Carrigan*
487 — Dinastía diabólica, *Curtis Garland*
488 — El fantasma y miss Pitt, *Clark Carrados*
489 — Atrapada por la locura, *Ada Coretti*

ISBN 84-02-02506 4 Depósito legal. B. 19.081 1982

Impreso en España Printed in Spain

1.a edición: julio, 1982
2.a edición en América: enero, 1983

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona – 1982

CAPITULO PRIMERO

James Parker vivía en una bonita casa de campo.

Landerville, el pueblo más cercano, se hallaba a unos doce kilómetros. Y, a menos de cincuenta kilómetros, se encontraba la frontera canadiense.

Hacía frío en Montana, pero la casa de James Parker era confortable y contaba con una magnifica chimenea en el salón, en la que ardían varios leños.

—Me fastidia tener que ir a Helena, ¿sabes?

—¿Por qué, James? —preguntó Diana, la esposa de Parker.

—Se está tan calentito aquí...

—Tu coche tiene calefacción. No te quedarás helado por el camino.

—No es lo mismo, Diana.

—Hombre, ya sé que no. Pero tú no vas a la capital por capricho, sino porque tienes que solucionar unos asuntos. ¿Cierto...?

—Cierto.

—Entonces, no puedes aplazar tu viaje.

—No, no puedo.

—Marchando, pues. Cuanto antes emprendas el viaje, antes estarás de regreso.

James Parker forzó una sonrisa.

—Tienes razón, cariño. Saldré ahora mismo.

—Conduce con cuidado, James.

—Lo haré, no te preocupes.

—Y telefonéame cuando llegues a Helena.

—Te llamaré desde el hotel.

—Cuidado con las camareras. La mayoría son unas zorras.

James Parker se echó a reír.

—Diana, por favor...

—Es cierto, y tú lo sabes. Si alguna se te insinúa, mándala a calentarle la cama a otro. Tú, si tienes frío, pide una manta eléctrica. Te saldrá más barato.

James Parker pasó su brazo por los hombros de su mujer y la atrajo hacia si. Se encontraban los dos sentados en el sofá del salón, frente a la chimenea.

—Soy un esposo fiel, Diana. Nunca te he engañado, y nunca te engañaré.

—Eso es lo que todos los maridos dicen a sus esposas, pero la verdad, sólo ellos la conocen.

—Yo no tengo necesidad de acostarme con otras mujeres, porque tú me gustas más que ninguna. Eres bonita, posees un cuerpo

hermoso, esbelto, joven...
—No tan joven, que ya he cumplido los treinta y dos años.
—Pues estás más buena ahora que cuando tenías veintidós.
Diana Parker rompió a reír.
—¡Eso quisiera yo!
—Es la verdad, créeme.
—¡Calla, calla, adulador!
—Si no tuviera que ir a Helena, ahora mismo te demostraba lo que te deseo.
—¿Otra vez...? —pareció sorprenderse Diana.
—¿Por qué pones esa cara?
—Anoche ya me demostraste que me deseas. James.
—¿Y qué?
—Bueno, ya no somos una pareja de recién casados, y es lógico que la llama de la pasión brote más de tarde en tarde, ¿no crees?
—La mía brota cuando yo quiero.
—Tienes treinta y nueve años, James.
—¿Me estás llamando viejo...?
—¡No, por Dios! —rió Diana.
—Lo has insinuado, si.
—No seas tonto, querido. Lo que he querido decir es que ya no tienes veintitantos años.
—Estoy más fuerte que cuando los tenia, para que te enteres.
—¿De veras?
—Te lo voy a demostrar.
—¿Cómo, levantando el sofá a pulso?
—Podría hacerlo, no lo dudes.
—A lo mejor te herniabas y tenías que llevar braguero —rió de nuevo Diana.
—Muy graciosa —gruñó James.
Diana le acarició el rostro.
—No te enfades, cariño. Sólo era una broma. Sé que eres capaz de levantar el sofá. Y conmigo encima, además.
James sonrió.
—No pienso levantar el sofá, sino tu jersey.
—¿Para qué?
—Para acariciarte lo que hay debajo.
—Llevo sujetador.
—Te lo quitaré.
—¿Y si me constipo?
—Con lo caliente que está el salón, imposible.
— Hablemos claro, James. ¿Piensas hacerme el amor?
—Si.
—¿Y tu viaje a Helena...?

—Lo emprenderé después.
—Llegarás muy tarde.
—No importa.
—¿Por qué no lo dejamos para cuando vuelvas?
—Ni hablar.
—Estás decidido, ¿eh?
—Totalmente.
—Muy bien, adelante. Repitiendo conmigo, será más difícil que alguna de las camareras del hotel consiga engatusarte esta noche.
Rieron los dos.
James Parker empujó a su esposa y la tumbó de espaldas sobre el sofá.
Mientras la besaba, le levantó el jersey, la despojó del sujetador, y comenzó a acariciarle los senos, suaves y cálidos, túrgidos, desarrollados.
Diana emitió un gemido de placer, al tiempo que se estremecía.
Sus brazos rodeaban el cuello de James, amorosamente.
De pronto, se escuchó un rugido.
Largo.
Escalofriante.
Poderoso.
James y Diana se separaron al instante, asustados.
—¿Has oído eso. James...? —preguntó ella, con trémula voz.
—Sí.
—Era el rugido de una bestia, ¿verdad?
—En efecto.
—Sonó muy cerca de la casa, James.
—Será mejor que coja mi escopeta.
—¡Sí, corre!
James Parker se irguió y se acercó a la chimenea.
Allí, colgada en la pared, estaba la escopeta.
James la tomó.
El arma estaba descargada, pero sobre la repisa de la chimenea había una caja de cartuchos.
James la abrió, cogió un par de cartuchos, y los introdujo en el doble cañón de la escopeta.
Diana seguía sentada en el sofá, pálida y temblorosa.
Sus pabellones auriculares estaban tensos, prestos a captar cualquier ruido.
La bestia no había vuelto a rugir.
El silencio, fuera de la casa, era absoluto.
De repente, se escuchó un estruendo.
Era la puerta de la casa.
Había sido arrancada de cuajo.

—¡James! —chilló Diana, brincando del sofá.

—¡Colócate detrás de mí! —indicó su marido, apuntando con su escopeta hacia la entrada del salón.

Diana obedeció, estremecida de pánico.

No era para menos, desde luego.

La bestia había entrado en la casa.

Y tenía que ser una bestia gigantesca, porque de otro modo no hubiera podido arrancar la puerta de una sola embestida.

James pensaba que se trataba de un oso.

Los bosques abundaban en la región, y en aquella época del año, solían verse algunos osos en ellos, así como alguna que otra manada de lobos.

Con la respiración contenida, y el corazón latiéndoles con fuerza en el pecho, los Parker aguardaban la aparición de la poderosa bestia.

James confiaba en su escopeta.

Era un arma moderna y segura.

Si no fallaba los disparos, destrozaría al oso, por muy gigantesco que fuera.

James y Diana oían ya las pisadas de la bestia.

Unas pisadas fuertes.

Aterradoras.

La bestia se aproximaba al salón.

Súbitamente, apareció en el umbral, dando uno de aquellos escalofriantes rugidos.

James y Diana desorbitaron los ojos.

Y es que no podían creer lo que estaban viendo.

James se había equivocado.

No era un oso.

Aquella descomunal bestia no se parecía a ninguna otra.

Era más bien un monstruo.

Una mezcla de hombre y de animal.

De lo primero, tenía el tronco y las extremidades superiores e inferiores. De lo segundo, la cabeza, las garras que remataban sus brazos y piernas, y el pelo que cubría totalmente su cuerpo, de más de dos metros de estatura y poderosa complexión.

Una criatura realmente alucinante.

Diana sintió que le flaqueaban las rodillas.

El terror la habla dejado sin fuerzas.

Se derrumbaba.

Para no caerse, se agarró de su marido.

—James... —pronunció, con un hilo de voz.

James Parker, aunque se hallaba tan aterrorizado como su mujer, reaccionó y apretó el gatillo de su escopeta.

El disparo alcanzó a la bestia en el pecho.

Sin embargo, no lo acusó en absoluto.

Se diría que una coraza de acero protegía su cuerpo.

James Parker sintió un escalofrío.

No esperaba que aquel horripilante ser tuviese la piel tan dura.

La bestia rugió de nuevo, como enfurecida por el ataque de James, y avanzó hacia él.

Caminaba torpemente, sin apenas doblar las piernas, pero daba grandes zancadas.

—¡James...! —chilló Diana, horrorizada.

James Parker accionó de nuevo el gatillo, apuntando esta vez al vientre de la bestia.

Confiaba en que esa zona del cuerpo del monstruoso ser fuese más vulnerable, pero, desgraciadamente, no era así.

El disparo no frenó a la bestia.

Como el monstruo se les echaba encima, James Parker cogió su escopeta por los cañones y golpeó con la culata a la bestia, en toda la cabeza.

Ocurrió algo sorprendente.

¡La escopeta se había partido en dos!

¡Y la bestia no acusó lo más mínimo el golpe!

James Parker ya no pudo hacer nada más por defender su vida y la de su esposa, porque la bestia le atacó con sus garras de acero y lo destrozó en un abrir y cerrar de ojos.

El infortunado James se desplomó, totalmente cubierto de sangre.

Diana había retrocedido, chillando histéricamente.

Las piernas le fallaron y cayó al suelo.

La bestia se olvidó de James y avanzó hacia la mujer.

Diana intentó arrastrarse por el suelo, pero el monstruo le soltó un zarpazo y le destrozó el jersey, al tiempo que sus poderosas ganas se clavaban en su carne, abriendo profundos surcos desde la garganta hasta el vientre.

La desgraciada emitió un aullido desgarrador, mientras la sangre escapaba a chorros de las espantosas heridas.

La bestia, insensible al dolor humano, siguió atacando a Diana, hasta dejarla tan destrozada como lo estaba James.

CAPITULO II

Barry Colman, reportero del *Montana Express,* se dirigía en su coche, un «Dodge» azul oscuro, a Landerville, con la misión de averiguar cuanto pudiera sobre lo sucedido en la casa de campo de los Parker y contarlo en su periódico.

Lo único que se sabía, por el momento, es que el matrimonio Parker había encontrado una horrible muerte en su propia casa, habiendo sido hallados sus cuerpos totalmente destrozados.

La nota oficial de la policía no decía más.

Esto, claro, era muy poco.

La gente quería saber más, conocer los detalles, cuantos más mejor.

Y los periodistas, naturalmente, tenían la obligación de satisfacer la curiosidad de los lectores de sus respectivos periódicos, informándoles lo mejor posible de lo ocurrido en la casa de campo de James y Diana Parker, las víctimas del trágico suceso.

Precisamente esto, los sucesos violentos y trágicos, los accidentes, y los asesinatos, eran la especialidad de Barry Colman, la parcela del periodismo que mejor desarrollaba, por tratarse de un periodista joven, dinámico, audaz, que en ocasiones se arriesgaba más de la cuenta en su afán de descubrir cosas que incluso la propia policía desconocía.

Más que un reportero, parecía un investigador privado, lo que le había ocasionado más de un roce con la policía, por considerar los agentes de la ley que Barry Colman era un maldito entrometido.

Ello, sin embargo, no había hecho cambiar a Barry.

Ni lo haría cambiar en el futuro.

Barry Colman tenía veintiocho años, el pelo oscuro, los ojos marrones, y las facciones correctas. Su estatura era superior a lo que podía considerarse corriente, y su cuerpo, aunque era más bien delgado, estaba dotado de vigorosos músculos.

De pronto, al tomar una curva, el periodista descubrió un coche parado en la carretera. Se trataba de un «Lancia» verde oliva.

Como el de...

Barry se fijó en la matricula.

Efectivamente.

Era el coche de Marion Brolin, reportera de *El Correo de Montana,* una vieja conocida suya.

Barry sonrió, al tiempo que aminoraba la marcha.

Se alegraba de encontrarse con Marion.

Y, más aún, de que la muchacha tuviese problemas con su coche.

Porque estaba claro que los tenía.

Barry Colman detuvo su «Dodge» detrás del «Lancia» de Marion Brolin.
La joven, al ver por el espejo retrovisor que un coche se aproximaba, había salido rápidamente del «Lancia», para pedirle ayuda. Pero, cuando descubrió que se trataba del «Dodge» de Barry Colman, torció el gesto y se mantuvo callada.
Barry se apeó, vistiendo pantalón de lana, gris, un jersey claro, de cuello cerrado, y una chaqueta de cuero, negra.
Miró a Marion.
La muchacha, que contaba veinticinco años de edad, tenía el cabello cobrizo, los ojos verdosos, orlados de sedosas pestañas, y los labios bien dibujados.
Vestía pantalón de pana, negro y ajustado, jersey blanco, de cuello alto, y un chaquetón de piel.
—Hola, Marion —saludó Barry, con una sonrisa.
—Hola, bicho —rezongó ella, ceñuda.
—¿Por qué tienes que llamarme siempre bicho?
—Porque lo eres.
—Está bien, no vamos a ponernos a discutir aquí, en medio de la carretera, con el frío que hace. ¿Qué le pasa a tu coche?
—No lo sé. Le dio por pararse, y no quiere arrancar.
—Echaré un vistazo al motor.
—Prefiero que no lo hagas.
—¿Por qué?
—Puede que la avería no tenga importancia, pero si tú tocas el motor, la cosa será mucho más grave.
—¿Dudas de mis conocimientos de mecánica...?
—No, todo lo contrario. Sé que entiendes bastante, y por eso precisamente no quiero que pongas tus expertas manos en el motor de mi coche. Lo destrozarías deliberadamente.
—¿Por qué iba a hacer yo una cosa así?
—Para fastidiarme.
—¡No digas tonterías! —exclamó Barry, enfadado.
—Te conozco bien, gusano —masculló Marion—. Son muchas las faenas que me has hecho.
—¡Yo no te he hecho ninguna faena!
—¿Quieres que te las enumere?
—Lo único que quiero es ayudarte, Marion. El tráfico, en esta carretera, es prácticamente nulo. Se te puede hacer de noche aquí, esperando que pase alguien y te eche una mano. No quisiera asustarte, pero estos parajes son peligrosos en esta época del año. Podría aparecer una manada de lobos hambrientos y...
—¡Calla! —gritó la joven, sintiendo que se le erizaba el vello.
Barry emitió un carraspeo.

—Por favor, Marion, deja que te ayude —insistió—. Si la avería de tu coche no es importante, solucionaré el problema. Y, si no puedo arreglarlo, te llevaré a Landerville en el mío. Porque supongo que te diriges a Landerville, ¿no?
—De sobra sabes que sí —rezongó la muchacha.
—Tienes que hacer un reportaje sobre lo ocurrido en la casa de campo de los Parker, ¿eh?
—Exacto.
—Yo también.
—Lo suponía.
—¿Quieres que trabajemos juntos, Marion?
—¡No!
—¿Por qué?
—¿Y todavía tienes la desfachatez de preguntarlo...? ¡Trabajar contigo es como trabajar con Lucifer!
—Ya será menos.
—¡Te aprovecharías de mi, como en las ocasiones anteriores!
—No es cierto que yo me haya aprovechado de ti, Marion. En ningún sentido.
—¡Cínico!
—Está bien, no discutamos. No es el momento ni el lugar. ¿Me dejas que eche un vistazo al motor de tu coche o no?
Marion Brolin vaciló.
No se fiaba un pelo de Barry Colman, pero era cierto que aquella carretera tenía un tráfico nulo, que se le podía hacer de noche, esperando que alguien pasara y le prestara ayuda.
Y lo de los lobos hambrientos...
Esto último hizo que se decidiera a aceptar la ayuda de Barry Colman.
—Está bien, hazlo —gruñó.
—Sensata decisión —sonrió Barry, y levantó la tapa del motor del «Lancia».
Casi al instante, compuso una mueca.
—Malo —murmuró.
—¿Qué le pasa? —preguntó Marion—. ¿Es seria la avería?
—Tan seria, que no se reirá aunque le haga cosquillas.
—¡No hagas chistes con mi coche!
Barry tosió.
—Lo siento, pero la cosa es mucho más grave de lo que yo creía, Marion. Tu coche tendrá que pasar por un taller, y no creo que te lo arreglen antes de una semana. Tal vez dos.
—¡No te creo!
—Te convencerás cuando hables con el mecánico.
Marion Brolin soltó un bufido de rabia.

—¡Condenado coche! ¡Tenía que averiarse precisamente hoy y en esta carretera solitaria!

—No te preocupes, yo te llevaré a Landerville. Y no sólo eso, sino que pondré mi coche a tu disposición para que puedas hacer el reportaje para tu periódico.

—¡Muchas gracias, pero prefiero alquilar uno!

—¿En Landerville...? Ojalá me equivoque, pero creo que no te será posible. Es un pueblo pequeño, solitario, con pocos habitantes.

—¡Conseguiré un coche para realizar mi trabajo, no lo dudes! ¡Y lo realizaré sola!

—La unión hace la fuerza, Marion.

—¡La unión hace un cuerno!

Barry no pudo contener la risa.

—Está bien, dejemos el tema. Y tendremos que dejar también tu coche, porque sólo una grúa podrá moverlo. Coge tus cosas y pásalas a mi coche —indicó, cerrando la tapa del motor.

—Puedes remolcarme —sugirió Marion.

—Lo siento, no llevo cuerda. ¿Llevas tú...?

La joven se mordió los labios.

—No.

—Vamos, te ayudaré a pasar tus cosas.

Lo hicieron así.

Después, Marion Brolin cerró las puertas de su coche y subió al «Dodge» de Barry Colman.

Este se sentó al volante y puso el coche en marcha.

Durante algunos minutos, no cambiaron una sola palabra.

De pronto, Marion preguntó:

—¿Cuánto falta para llegar a Landerville?

—Unos cuarenta kilómetros.

—¿Todavía...?

—¿Te parece mucho?

—Demasiado, teniendo en cuenta la compañía.

—¿Es así como me agradeces que te sacara del apuro?

—¿Qué esperabas, que te comiera a besos?

—Bueno, tanto como eso... Pero al menos uno sí podías darme, ¿no?

—¡Ni amenazándome con una pistola!

—No sería el primero, Marion.

—¡No me recuerdes lo que hubo entre nosotros o te araño, Barry!

—De acuerdo, no lo mencionaré. Sólo diré que fue maravilloso y que lamenté mucho que terminara. No sabes cuánto, Marion.

—¡Ni una palabra más!

Barry cerró la boca y no volvió a abrirla hasta que divisaron Landerville.

CAPITULO III

Landerville era, efectivamente, un pueblo pequeño, pero bonito.
Se alzaba junto al rio Milk, el cual había que cruzar para entrar en el pueblo.
—Eso es Landerville, Marion —dijo Barry Colman, metiendo ya su «Dodge» por el puente que cruzaba el rio.
—Un pueblo solitario, como tú dijiste —respondió la muchacha.
—Y con muy pocos coches.
Marion Brolin soltó un gruñido.
—Eres odioso, Barry'.
Colman rió.
—Mi «Dodge» sigue estando a tu disposición, no le preocupes. Si no consigues alquilar un coche, te llevaré en el mío adonde quieras.
—¡Antes alquilo un carro!
—Eso será más fácil de encontrar —rió de nuevo Barry.
—¡Vete al diablo!
Segundos después, Barry Colman detenía su coche en lo que parecía ser la calle más importante de Landerville.
—Puedes apearte, Marion.
—¿Qué vas a hacer tú?
—Empezar a trabajar. Tengo una idea aproximada de dónde se halla la casa de los Parker, y quiero echarle un vistazo antes de que se haga de noche.
Marion Brolin titubeó.
Finalmente, se tragó su orgullo y preguntó:
—¿Puedo acompañarte, Barry?
—¿No decías que ibas a alquilar un carro...?
—Ya lo alquilaré mañana.
—Debería negarme, por todas las cosas que me dijiste en la carretera.
—No retiro ninguna. Si no quieres llevarme a la casa de los Parker, dímelo y me bajo en seguida.
—Será un placer, Marion.
—¿Llevarme o que me baje?
—¡Llevarte, naturalmente! —exclamó Barry, riendo, y puso nuevamente el coche en movimiento.

* * *

Nick Gruber, teniente de policía, había sido enviado a Landerville

para esclarecer la muerte de James y Diana Parker. Era un hombre de mediana edad, estatura corriente, y facciones enérgicas.
Con el teniente Gruber habían venido el sargento Asner y cuatro detectives. Troy Asner frisaba los treinta y cinco años de edad, medía casi 1,90 de estatura, y pesaba alrededor de cien kilos.
Su complexión física impresionaba, pero aún impresionaba más su cara, de facciones duras como el granito. Tenía aspecto de boxeador del peso pesado, con la narizota aplastada y todo.
Los seis policías se encontraban en la casa de los Parker, tratando de encontrar alguna pista que les llevase hasta el autor de ambas muertes.
El teniente Gruber y el sargento Asner se hallaban dentro de la casa, mientras que los cuatro detectives inspeccionaban los alrededores de la misma.
Nick Gruber detectó el ruido de un motor.
—Se acerca un coche, sargento.
—Iré a ver quién es —respondió Troy Asner, y salió de la casa.
Justo en aquel momento, el «Dodge» azul oscuro de Barry Colman se detenía frente a la casa.
—¿Qué tal, sargento Asner? —saludó el reportero, saliendo del coche.
Marion Brolin también descendió del vehículo.
Troy Asner los miró a los dos, con el ceño fruncido.
—¿También vas a meter las narices en esto. Colman? —masculló.
—Soy periodista, sargento, y tengo la obligación de informar. Y lo mismo ocurre con Marion Brolin.
—Tú no te conformas con informar, Colman. Tienes la cochina costumbre de pisar un terreno que sólo debemos pisar los que llevamos una placa en el bolsillo.
—Eso no es verdad, sargento Asner.
—Sí que lo es —intervino Marion Brolin.
Barry la recriminó con la mirada.
—¿Por qué le das la razón?
—Porque la tiene.
—Entiendo tu juego.
—Yo no estoy jugando a nada.
—Si, intentas caerle simpática al sargento Asner, para que te facilite la información que sin duda a mí me negará, porque le caigo mal.
—Todos los periodistas me caen mal —gruñó Troy Asner.
—Pero unos peor que otros, ¿verdad? —preguntó Marion, con una cautivadora sonrisa.
—Desde luego.
—Cuidado, sargento, que Marion parece dispuesta a conquistarle —advirtió Barry.

La muchacha iba a replicar, cuando apareció Nick Gruber.
—¡Hombre, teniente Gruber! —exclamó jovialmente Barry, acercándose a él con la diestra por delante—. Cuánto me alegro de verle.
—No puedo decir lo mismo —respondió Gruber, aunque estrechó la mano del periodista.
—¿También usted me va a recibir hoscamente, teniente...?
—¿Qué esperaba, Colman? Tengo muchos problemas, y con su llegada sospecho que voy a tener más.
—Todo lo contrario, teniente Gruber. Mi lema es ayudar a la policía, y esta vez no va a ser una excepción. Si tiene problemas, le ayudaré con mucho gusto a resolverlos.
—Usted es periodista, Colman, no policía. ¿Cuándo se le meterá eso en la cabeza?
Barry tosió.
—No me recrimine, teniente Gruber. Al fin y al cabo, los dos perseguimos lo mismo: descubrir la verdad de las cosas que suceden. Usted lo hace con una placa en el bolsillo, y yo con mi carnet de periodista. Esa es la única diferencia.
Troy Asner se aproximó, con gesto amenazante.
—¿Lo echo a patadas, teniente?
Barry Colman respingó.
—Dígale que no puede hacer eso, teniente Gruber.
—Se lo diré, pero el sargento Asner no siempre me hace caso —sonrió Nick Gruber.
—¿Pretende asustarme, teniente?
—Usted no es de los que se asustan fácilmente. Colman.
—Tampoco soy un héroe, teniente. Vamos, ordénele al sargento Asner que me deje en paz. No les causaré ningún problema, se lo prometo.
—Déjelo tranquilo, sargento —pidió Gruber, sin borrar la sonrisa de sus labios.
—Muy bien —gruñó Asner—. Pero eso de que no nos causará problemas... Colman siempre los causa, y usted lo sabe, teniente.
Barry carraspeó.
—¿Puedo echar un vistazo a la casa, teniente Gruber? Me gustaría sacar algunas fotos.
—Está bien, hágalo. Y usted también, señorita Brolin.
—Gracias, teniente —le sonrió Marion.
—Yo también le doy las gracias, teniente Gruber —dijo Barry, y fue en busca de su cámara fotográfica.
Marion ya estaba cogiendo la suya.
El teniente Gruber entró de nuevo en la casa, seguido de Barry’ y Marion. El sargento Asner se introdujo también en ella, gruñendo por

lo bajo.

* * *

Barry Colman y Marion Brolin estaban profundamente impresionados.

Los muebles del salón se hallaban totalmente destrozados, dando la sensación de que una granada había estallado en la estancia. El suelo, además, aparecía cubierto de sangre, seca ya, lógicamente, pero no por ello resultaba menos estremecedor.

—¿Qué cree que pasó aquí, teniente Gruber? —preguntó Barry.

—Aparentemente, una bestia de gran tamaño, probablemente un oso, entró en la casa, atacó a los Parker, y los hizo pedazos con sus poderosas garras. La puerta, ya lo vieron, también está destrozada. Y la escopeta de James Parker, partida en dos, como pueden ver. James Parker llegó a dispararla, pero no le sirvió de nada. La bestia salvaje se les echó encima y...

—¿Devoró sus cuerpos, teniente?

—No, se limitó a destrozarlos.

—Entonces, no creo que fuera un oso. Los osos son mamíferos carniceros, devoran a sus víctimas. A menos que su apetito esté saciado, claro está. Pero, un oso sin apetito, no abandona el bosque y se arriesga a aproximarse a una casa habitada. Sólo un oso hambriento lo haría. Y no es éste el caso, evidentemente.

—Interesante observación. Colman. Yo no había caído en eso —reconoció Gruber.

—Lo hubiera pensado más adelante, estoy seguro —sonrió Barry—, Usted es un hombre inteligente, teniente Gruber. Lo ha demostrado en infinidad de ocasiones.

—Pelota —rezongó Marion.

Nick Gruber emitió una tosecita.

—Bien, descartemos que fuera un oso. Pero de lo que no hay duda es que fue una enorme bestia salvaje quien dio muerte a los Parker. Una bestia sanguinaria, que no los atacó porque tuviera hambre, sino porque su instinto la lleva a atacar y despedazar a todo ser que encuentra, sea hombre o animal.

—Estoy de acuerdo con usted, teniente Gruber —dijo Barry—. Y pienso que esa bestia asesina debió dejar algún rastro, tanto al aproximarse a la casa como al alejarse de ella. ¿Han inspeccionado bien los alrededores?

—En ello estamos.

—¿Y no han encontrado las huellas del animal?

—Hasta el momento presente, no. Pero seguiremos buscando, hasta que anochezca. Y si no encontramos nada, seguiremos buscando mañana. Mis hombres y yo no abandonaremos Landerville

hasta haber dado caza a esa bestia sanguinaria. Es un peligro para la región, y debemos acabar con ella.

* * *

Barry Colman y Marion Brolin tomaron varias fotos del destrozado salón, de la puerta de la casa, y de la fachada de ésta.

Después, se alejaron ambos de la casa, aunque no demasiado.

No tardaría en oscurecer, y era peligroso distanciar se de los detectives que, armados con modernos fusiles, inspeccionaban los alrededores de la casa.

Barry y Marion rastrearon también la zona, pero no encontraron las huellas de la bestia asesina.

La muchacha sugirió:

—Será mejor que regresemos, Barry. La noche está al caer.

—¿Tienes miedo, Marion?

—Un poco, lo confieso.

—Está bien, volvamos. Pero yo pienso regresar mañana aquí, convenientemente armado. Quiero ampliar el área de rastreo.

—Puede ser peligroso, Barry.

—Lo sé, pero estoy dispuesto a hacerlo.

—Eso es cosa de la policía, Barry.

—No les vendrá mal que les eche una mano.

—Puede que no te dejen.

—Convenceré al teniente Gruber, ya verás.

—Estás loco, Barry.

—Por ti, Marion. Desde el día que nos conocimos.

—Vete a la porra, anda —gruñó la muchacha, y emprendió el regreso a la casa.

Barry Colman rió y la siguió.

CAPITULO IV

Walter Hendrix era muy aficionado a la caza.

Vivía en Helena, pero poseía una magnifica cabaña en Landerville, a unos veinticinco kilómetros del pueblo, y siempre que sus ocupaciones se lo permitían, pasaba en ella unos días.

Walter Hendrix tenía cuarenta y dos años de edad, pero la verdad es que no los aparentaba. Era un hombre alto y robusto, rebosante de vitalidad y energía alegre, jovial.

Llevaba tres días en su cabaña, y no sabía lo que había pasado en la casa de los Parker, porque no había ido al pueblo para nada. Se había dedicado por completo a practicar su deporte favorito, y no podía quejarse de los resultados obtenidos, pues había cobrado varias piezas.

Walter Hendrix pensaba acercarse a Landerville por la mañana, para comprar algunas cosas. Tenía planea do pasar dos o tres días más en su cabaña, y necesitaba reponer la despensa.

Como todo cazador que se precie, Walter Hendrix tenía un perro.

Se llamaba «Lobo», y era un can grande y hermoso, rápido, valiente.

Walter le tenía un gran afecto, y el animal, muy cariñoso, correspondía a las atenciones y los mimos de su amo de mil maneras distintas, provocando su risa.

El cazador se había sentado en su sillón, junto a la chimenea, en donde ardían varios troncos apilados con deliberado desorden.

—Qué bien se está aquí, ¿eh, «Lobo»? —dijo, acercando las manos al fuego.

El perro emitió un ladrido de asentimiento.

Estaba echado en el suelo, muy cerca de la chimenea.

Walter Hendrix pareció buscar algo con la mirada.

No hizo falta más.

«Lobo» se levantó, se acercó a la mesa, tomó con sus dientes la pipa que había sobre ella, y se la llevó a su amo.

Walter la cogió, riendo.

—¡Me adivinaste el pensamiento, «Lobo»! Anda, tráeme también la petaca y el encendedor.

El inteligente can se apresuró a obedecer.

—Gracias, camarada —sonrió Walter, acariciando la cabeza del animal.

«Lobo» le lamió la mano y se tumbó de nuevo junto a la chimenea.

Walter Hendrix llenó la pipa, le prendió fuego, y se arrellanó en el sillón, montando una pierna sobre la otra.

—Esto sí que es vida, «Lobo» —dijo, soltando una bocanada de humo.

De repente, el perro se envaró.

Al verle con las orejas tensas, Walter se quitó la pipa de la boca y miró hacia la ventana que tenía tras de si.

—¿Ocurre algo, «Lobo»...?

El animal se puso en pie y comenzó a ladrar.

Walter Hendrix se irguió también.

Conocía bien a su perro y sabía que, si ladraba, era porque había visto u oído algo en el exterior.

Walter se deshizo de su pipa y cogió su escopeta.

La tenía cargada.

Con ella en las manos, se acercó a la ventana y observó el exterior.

No vio ni oyó nada.

Sin embargo, «Lobo» no dejaba de ladrar.

De pronto, el perro corrió hacia la puerta y apoyó sus manos en ella.

Estaba claro que quería salir de la cabaña.
—¡Espera que me ponga la chaqueta, «Lobo»! —dijo Walter, dejando un instante la escopeta sobre la mesa.
En ese preciso momento, algo cargó violentamente contra la puerta de la cabaña y la derribó.
«Lobo» dio un ágil salto, para no verse aplastado por la puerta.
La bestia asesina penetró en la cabaña, dando un rugido estremecedor.
Walter Hendrix, por un instante, quedó paralizado.
Sus ojos, dilatados, contemplaban al monstruoso ser.
—Dios mío, ¿qué cosa es «eso»...? —musitó, creyendo estar sufriendo una horrible pesadilla.
«Lobo» sabía que no se trataba de ninguna pesadilla, que el escalofriante ser era real, y como él era un perro valeroso, atacó a la bestia.
Sus magníficos colmillos hicieron presa en el brazo derecho de la aterradora criatura, pero no consiguieron hincarse en su carne.
Era como si mordiese una barra de hierro.
El bravo can sintió un agudo dolor en sus mandíbulas, pero, lejos de desistir, redobló sus esfuerzos por clavar sus dientes en el granítico brazo de la bestia.
ti alucinante ser le soltó un zarpazo con su brazo izquierdo y le desgarró el vientre de arriba abajo, haciendo brotar un torrente de sangre.
«Lobo» lanzó un aullido desgarrador y se desplomó, herido de muerte.
La estremecedora acción del monstruo hizo reaccionar a Walter Hendrix, quien sintió una dolorosa punzada en el corazón al ver caer a su peno con el vientre deshecho.
—¡«Lobo»! —rugió, al tiempo que empuñaba su escopeta—. ¡Yo te vengaré, camarada!
Se echó el arma a la cara y apretó el gatillo.
La bestia resultó alcanzada de lleno, pero el disparo no pareció hacerle mella alguna, pues avanzó hacia el cazador dando torpes, pero largas zancadas.
Lanzó otro poderoso rugido.
Walter Hendrix retrocedió dos pasos y accionó el gatillo de nuevo.
Nada.
Los disparos parecían rebotar en el cuerpo peludo del monstruo.
La escopeta de Walter Hendrix cargaba varios cartuchos, por lo que el cazador pudo seguir disparando sobre la bestia.
Como en el cuerpo no parecían hacerle daño alguno, Walter Hendrix le disparó a la frente.
El resultado, desgraciadamente, fue el mismo.

La poderosa bestia no lo acusó en absoluto.
Parecía estar recubierta de acero puro.
Nada hacía mella en su pecho o en su cabeza.
Era imposible detener su avance.
Walter Hendrix seguía retrocediendo, mientras disparaba.

No vio el sillón y tropezó en él, cayendo al suelo.

No perdió la escopeta, pero para lo que le servía...

De pronto, Walter tuvo una idea.

Tal vez el fuego hiciese retroceder a la bestia.

Todos los animales le temen.

Walter agarró uno de los leños que ardían en la chimenea y se puso en pie de un salto.

—¡Atrás! —gritó, acercando el leño en llamas al monstruo.

La bestia asesina se detuvo, pero no retrocedió.

Dio un nuevo rugido.

—¡Atrás he dicho, bestia monstruosa! —gritó de nuevo Walter, buscando la horrible cara del animal, o de lo que fuera, con la brasa del leño.

Pensaba que asi lo haría retroceder, pero se equivocó.

La bestia le atacó, rugiendo otra vez.

Walter Hendrix no pudo esquivar la garra de la bestia, que se clavó en su pecho, desgarrándolo espantosamente.

El cazador bramó de dolor y soltó el leño, quedando encogido.

El monstruo le dio otro zarpazo y le despedazó el hombro.

Walter aulló de nuevo y se derrumbó.

El siguiente zarpazo de la bestia, le desgarró la espalda.

Walter Hendrix no pudo resistir tanto sufrimiento y se desvaneció.

La bestia asesina siguió atacándole, dispuesta a hacerlo pedazos.

Y pedazos lo hizo.

CAPITULO V

Cuando Barry Colman y Marion Brolin llegaron a Landerville, las primeras sombras de la noche empezaban a caer sobre el pueblo.

El teniente Gruber, el sargento Asner, y los cuatro detectives, habían quedado en la casa de los Parker, pero no tardarían en regresar al pueblo, para pasar la noche en él.

En Landerville sólo había un hotel.

Una modesta pensión, más bien.

Barry Colman detuvo su coche frente a ella.

—Pasaremos la noche aquí.

—Nos hemos olvidado de mi coche, Barry.

—Es tarde para ir en busca de un mecánico. Aunque lo encontráramos, no querría ir ahora por tu coche. Es de noche, y después de lo sucedido en la casa de los Parker, no creo que nadie se atreva a abandonar el pueblo.

Marion Brolin no respondió, pues comprendía que Barry Colman tenía razón.

—Mañana, en cuanto nos levantemos, buscaremos un mecánico y le explicaremos lo que le pasó a tu coche, no te preocupes —añadió Barry.

—Está bien.

Descendieron los dos del «Dodge» y entraron en la pensión.

Les recibió una señora de mediana edad, alta y metida en carnes.

—Me llamo Ethel Lormer, y soy la dueña de la pensión —se presentó la mujer, con una amable sonrisa.

—Queremos que nos dé de cenar, señora Lormer. Y una cama para dormir —dijo Bany.

—*Dos* camas para dormir —corrigió Marion, mirando significativamente a su colega.

Barry Colman tosió.

—Le presento a Marion Brolin, señora Lormer. Yo me llamo Barry Colman, y somos compañeros de profesión. Los dos somos periodistas.

La sonrisa de la dueña de la pensión se enfrió.

—Han venido por lo ocurrido en la casa de los Parker, ¿verdad? —preguntó.

—Así es —respondió Barry.

—Fue espantoso.

—Desde luego que si.

—Los Parker eran unas excelentes personas. Todos sentíamos por ellos un gran afecto. Tuvieron una muerte horrible.

—El teniente Gruber y sus hombres se encargarán de dar caza a la bestia asesina que los destrozó, no tema —dijo Marion.

—Ojalá la encuentren pronto, porque estamos todos aterrorizados —confesó Ethel Lormer.

Barry decidió cambiar de conversación.

—¿Qué hay de esa cena, señora Lormer?

—Se la sirvo en seguida —sonrió de nuevo con amabilidad la mujer—. Lo de las camas, en cambio...

—¿Qué pasa con las camas? —preguntó Marion.

—Pues, que sólo me queda una habitación libre. El teniente Gruber y sus hombres han tomado todas las demás.
—¡Bravo! —exclamó Barry, sin poderse contener.
Marion Brolin tampoco pudo contenerse, y le atizó un puntapié en la espinilla.
Barry Colman emitió un aullido y se puso a saltar a la pata coja.
—¿Por qué me has pateado la tibia y el peroné, Marion...?
—¡Por haberte alegrado de que sólo quede una habitación libre!
—¿Que yo me he alegrado...?
—¡Exclamaste: «Bravo»!
—¡Lo entendiste mal! ¡Dije «malo»!
—¡Dijiste «bravo»!
El zorro de Barry miró a la dueña de la pensión.
—¿Qué fue lo que dije, señora Lormer?
La mujer carraspeó.
—Bueno, la verdad es que yo no lo entendí muy bien...
—¡No lo proteja usted, señora Lormer! ¡Barry es un sinvergüenza! —aseguró Marion.
—¡Cuidado con lo que dices, Marion! —advirtió Barry, apuntándola con el dedo.
Tuvo que retirarlo en seguida, porque la muchacha le soltó una furiosa dentellada. Si le pilla el dedo, se queda sin él.
—Será mejor que sirva la cena, señora Lormer. Marion está hambrienta —dijo Barry, con ironía.
Ethel Lormer no pudo reprimir una sonrisa.
—Pasen al comedor, por favor —rogó, echando a andar.

* * *

La chica que ayudaba a la señora Lormer a llevar la pensión, se llamaba Lucy, aparentaba unos veintitrés años, y tenía el pelo castaño.
No podía decirse que fuera guapa, pero su rostro resultaba bastante atractivo. Cuando menos, era sexy y malicioso, a lo que contribuía el pícaro brillo de sus ojos y los continuos mohines que formaba con sus labios, carnosos y sensuales.
Fue Lucy quien sirvió la cena a Barry y Marion.
El reportero le echó un par de buenas miradas a la camarera, que estaba pero que muy bien de formas.
Ella, por su parte, le sonrió de una forma muy particular, lo cual acentuó la irritación de Marion.
Tan pronto como Lucy se retiró, Marion masculló:
—Esa chica es una descarada.
—¿Por qué dices eso? —preguntó Barry.

—Lo sabes perfectamente. Tú la desnudaste con la mirada, y a ella pareció complacerle, hasta el punto de que te sonrió de manera claramente insinuante.
Barry rió.
—Imaginaciones tuyas, Marion.
—¿Me tomas por tonta?
—Dios me libre. Pero creo que tus celos son infundados, Marion.
—¿Celos? ¿Quién tiene celos? —exclamó la periodista, con ojos centelleantes.
—Yo no, desde luego.
—¡Ni yo! Por mí, puedes acostarte con esa fresca de Lucy y hacer con ella lo que quieras. Me harías un gran favor, ¿sabes?
—¿De veras?
—Sí, porque así yo podría dormir en la habitación que queda libre.
—Lo siento, pero no tengo la menor intención de acostarme con Lucy.
—Te gusta la chica, no lo niegues.
—Lo admito. Sin embargo, tú me gustas mucho más, Marion.
—Si estás pensando en acostarte conmigo, olvídalo. No volvería a meterme en la cama contigo ni por todo el oro del mundo.
—Me temo que no tendrás más remedio. Sólo que da una cama libre, no lo olvides. Y no pienso cedértela. Lo más que puedo hacer, es compartirla contigo.
—Antes me acuesto con el sargento Asner.
Barry soltó una carcajada.
—No me hagas reír, Marion.
—Te aseguro que soy capaz.
—Está bien, allá tú. Si prefieres la compañía de ese bruto a la mía, pasa la noche con él.
—Es posible que lo haga —gruñó la muchacha, y siguió comiendo.

* * *

Estaban terminando de cenar, cuando llegaron el teniente Gruber y sus hombres, con gesto cansado.
—¿Alguna novedad, teniente? —preguntó Barry.
—Ninguna, Colman. Todo sigue igual. Espero que mañana tengamos más suerte. Nos levantaremos temprano y seguiremos buscando.
—Iré con ustedes y les ayudaré a encontrar el rastre de la bestia asesina.
—¡Ni lo sueñes, Colman! —rugió el sargento Asner.
Barry lo ignoró y siguió hablando con Nick Gruber:
—Tendrá que prestarme un arma, teniente. Si surgiera de pronto esa

enorme fiera...
—¿Sabría utilizarla, Colman? —preguntó Gruber.
—¡Por supuesto! Soy un excelente tirador, teniente. En las casetas de feria, siempre me llevo la muñeca.
—No es lo mismo disparar contra patitos de latón en movimiento, que contra una bestia sanguinaria.
—Lo sé, teniente. Pero, llegado el caso, no me temblaría el pulso, se lo aseguro.
Gruber sonrió.
—De acuerdo, le prestaremos un rifle.
—Gracias, teniente.
Troy Asner intervino de nuevo:
—¡Es un error, teniente! ¡Colman sólo nos causará problemas, como de costumbre!
—Sargento, usted conoce tan bien como yo a Colman, y sabe que volverá a la casa de los Parker, con nuestro permiso o sin él. Y si tiene que volver, mejor que vaya armado.
—¡Nosotros no somos responsables de lo que pueda sucederle a este maldito entrometido, teniente!
—Desde luego que no, sargento. Pero, como podemos prestarle un rifle, se lo prestaremos. Tal vez lo necesite.
Troy Asner iba a insistir, pero Barry Colman habló antes:
—Creo que Marion quería decirle algo, sargento Asner.
—¿El qué? —gruñó Troy, mirando a la muchacha. Marion Brolin enrojeció.
—Nada, sargento —respondió nerviosamente.
—¿Has cambiado de parecer, Marion...? —preguntó Colman, sonriendo irónicamente.
La joven lo desintegró con la mirada.
—¡Eres el ser más odioso que conozco, Barry! —exclamó, poniéndose en pie y saliendo disparada del comedor.

CAPITULO VI

Marion Brolin casi se da de bruces con Ethel Lormer.
—¡Cuidado! —exclamó la dueña de la pensión, frenando con sus manos a la periodista.
—Le ruego que me disculpe, señora Lormer.
—¿Adónde va con tanta prisa, señorita Brolin...?
—Acabo de discutir con ese maldito de Barry.
—No se llevan bien, ¿eh?
—Como el perro y el gato.
—Es una lástima, porque hacen ustedes muy buena pareja.
—Barry es un granuja, señora Lormer.
—A mí me parece un buen muchacho.
—También me lo pareció a mí, cuando lo conocí. Y bien caro pagué mi error.
—¿Qué pasó?
—Es una larga y desagradable historia, señora Lormer.
—Disculpe, no pretendía ser curiosa.
—Ya lo sé.
—¿Cómo van a solucionar el problema de la habitación, señorita Brolin?
—Ya está solucionado, señora Lormer —respondió Barry Colman, que en ese momento salía del comedor.
—¿De veras...?
—Si, llegamos a un acuerdo durante la cena —mintió Barry.
—No saben cuánto me alegro.
—¿Nos da la llave de nuestra habitación, señora Lormer?
—Al instante.
Mientras la dueña de la pensión tomaba la llave, Barry miró a Marion.
La muchacha estaba a punto de estallar de cólera.
—No digas nada, por favor —rogó Barry, con voz susurrante—. Espera a que estemos arriba.
Marion logró contenerse, aunque no le fue fácil.
Sentía deseos de abofetear, de morder, de arañar, de patear...
Y haría todo eso, en cuanto la señora Lormer los dejase solos.
La dueña de la pensión, en lugar de entregarles la llave, dijo:
—Les mostraré su habitación. Síganme, por favor.
Se fueron los tres para arriba.
Marion Brolin seguía pareciendo una bomba de mano.
Y con ganas de tirar de la anilla.
Llegaron al piso alto.
Ethel Lormer abrió la puerta de la única habitación que quedaba libre.

—¿Les gusta...? —preguntó.
—Oh, sí, está muy bien —respondió Barry.
—Les deseo que pasen una buena noche.
—Gracias, señora Lormer.
La dueña de la pensión le entregó la llave a Barry Colman y salió de la habitación, cerrando la puerta.
Al instante, la «granada» estalló.
—¡Eres un...!
—Espera un momento, Marion —rogó Barry, dando un salto hacia atrás, porque estaba claro que la muchacha iba a atacarle—. Antes de que me pegues y me llames de todo, tengo que decirte algo. No hablaba en serio cuando dije que no pensaba cederte la cama. Ahí la tienes, es toda para ti. Yo dormiré sobre la alfombra. Sentiré complejo de perro, pero si no me echas ningún hueso, lo soportaré.
Marion Brolin frenó momentáneamente su furia.
—Conque piensas dormir sobre la alfombra, ¿eh?
—Así es.
—¿Cuántos minutos?
—Toda la noche.
—¿Y esperas que te crea...?
—Te doy mi palabra, Marion.
—Tu palabra no vale nada.
—¿Prefieres un billete de cien dólares?
—¿Intentas comprarme...?
—Tranquila, era sólo una broma. Como dijiste que mi palabra no vale nada...
—¡Y es verdad!
—Por favor, no discutamos más. La cama para ti, y la alfombra para mi, está decidido.
—Muy bien, acepto. Sé que tu plan consiste en esperar que me duerma, y entonces... Pero no me dejaré sorprender, maldito. Estaré alerta y con un zapato en la mano, esperando que intentes saltar sobre la cama y meterte en ella. No podrás hacerlo, porque te taconearé la cara con rabia y te la dejaré como un mapa. Barry Colman sonrió.
—Pero qué desconfiada eres, Marion.
—Te conozco bien, bicho.
Barry movió la cabeza.
—Veré si hay alguna manta en el armario. La voy a necesitar.

* * *

Marion Brolin estaba acostada en la cama, pero no dormía.
Barry Colman, en cambio, roncaba sobre la alfombra, cubierto con la manta que encontrara en el armario» Se había echado vestido, naturalmente.
Marion se había despojado del pantalón de pana, del chaquetón de piel, y del jersey, conservando solamente sus dos prendas más íntimas.
A pesar de ello, no sentía frío, porque en la cama había un par de gruesas mantas, y calentaban que era un gusto.
¿Sentiría frío Barry...?
Marion se dijo que no debía tener mucho, cuando dormía tan a gusto.
¿O sólo estaría fingiendo que dormía profundamente...?
La muchacha tenía sus dudas.
Con el fin de salir de ellas, lo llamó:
—Barry.
Colman siguió roncando.
—Despierta, Barry. No puedo dormirme, sabiendo que tú estás echado sobre la alfombra como un perro. Te dejo meterte en la cama, pero con la condición de que no intentes nada conmigo. ¿Qué me respondes?
El periodista no dio respuesta alguna.
Parecía dormir de verdad.
Marion empezó a creer que así era.
Si Barry estuviera despierto, no habría rechazado una proposición tan tentadora como la que ella acababa de hacerle.
Marion comenzó a sentir remordimientos verdaderos.
Barry era un bribón, pero hacerle pasar la noche entera echado sobre la alfombra...
No era justo.
De no ser por él, ella seguiría probablemente en la carretera, sola, asustada, expuesta a todos los peligros.
Sintió deseos de despertar a Barry y permitirle que se acostara en la cama, pero no se atrevió, porque sabía lo que ocurriría. Barry se acercaría disimuladamente a ella, comenzaría a acariciarla, la besaría, y acabarían haciendo el amor, seguro.
Aunque ella no quisiera.
Barry era condenadamente hábil, y le bastaban unos pocos minutos para anular la resistencia de una mujer. Especialmente, si se hallaban en la cama.
Por ello, Marion desistió de despertarlo y autorizarle a meterse en la cama con ella. Lo sentía por él, pero no estaba dispuesta a hacer de nuevo el amor con el carota de Barry Colman.
Algunos minutos después, lograba conciliar el sueño.
Se durmió con el zapato en las manos, por si las moscas.

Seguía sin fiarse un pelo del granuja de Barry.

* * *

Marion Brolin se despertó, sobresaltada, aunque no sabía exactamente por qué. Creía haber oído algo, pero no estaba segura.
Miró a Barry Colman.
El joven continuaba echado en la alfombra, emitiendo ronquidos.
¿Sería eso lo que la había despertado, los ronquidos de Barry...?
Seguramente, porque sus oídos no captaban ningún otro ruido.
Marion se dispuso a reanudar el sueño, cuando oyó una especie de sordo gruñido.
En principio, pensó que lo había emitido Barry.
Pero no.
El extraño gruñido procedía de la ventana.
Del otro lado de la ventana, para ser exactos.
Marion sintió que se le erizaba la piel.
Y es que estaba pensando en la bestia asesina que destrozara a los Parker.
¿Se habría acercado al pueblo, aprovechando la oscuridad y el silencio de la noche...?
Marion miraba la ventana con ojos agrandados por el pánico.
Tenía el aliento contenido.
Sus pequeñas orejas parecían dos antenas, tensas y vibrantes.
Quería llamar a Barry, pero no se atrevía a hablar.
Temía oír su propia voz.
De pronto, detectó una especie de arañazo en la ventana.
El pánico de Marion se acentuó.
¿Estaría la bestia asesina intentando forzar la ventana...?
En seguida se vio que si.
Y se vio de una manera bruta!, porque la ventana estalló en pedazos, con terrible estrépito.
Un segundo después, la monstruosa bestia irrumpía en la habitación, dando un espantoso rugido.

CAPITULO VII

Marion Brolin creyó morirse de espanto.
—¡Barry...! —chilló, apartando las mantas de golpe y brincando de la cama como impulsada por un resorte.
Barry Colman ya estaba despierto.
El estruendo de la ventana al estallar y el poderoso rugido de la bestia habían roto instantáneamente su sueño.
El joven se puso en pie de un salto e hizo frente valerosamente al aterrador ser.
Lo primero que se le ocurrió, fue arrojarle la manta con la que se había estado cubriendo. La manta cayó sobre la terrorífica cabeza del monstruo, envolviéndolo.
La bestia rugió de rabia, mientras intentaba quitarse la manta a zarpazos.
Barry Colman aprovechó aquellos segundos para atrapar una silla.
—¡Sal de aquí, rápido! —le gritó a Marion—, ¡Abre la puerta y escapa!
—¿Y tú...?
—¡Saldré detrás de ti!
Marion Brolin corrió hacia la puerta en ropa interior.
Su cuerpo, casi desnudo, acusaba el frío, pero ella
no se daba cuenta. En lo único que pensaba era en escapar de la alucinante bestia.
El monstruo ya se había arrancado la manta.
Atacó a Barry Colman.
El joven intentó frenarlo con la silla, pero la bestia la destrozó de un furioso zarpazo.
Mientras tanto, Marion había alcanzado la puerta.
Sin embargo, no pudo abrirla.
¡La llave no estaba en la cerradura!
—¡No puedo abrir, Barry! ¡La llave no está! —chilló con desesperación la muchacha.
—¡No puede ser. Marion! ¡Yo la dejé en la cerradura! —aseguró Barry.
—¡Pues ha desaparecido!
—¡Aparta, intentaré derribarla!
Marion se hizo a un lado.
Barry corrió hacia la puerta y cargó contra ella con el hombro.
Desgraciadamente, la puerta era sólida y resistió el furioso embate.
Barry se dispuso a cargar de nuevo contra ella, pero la bestia asesina estaba ya muy cerca.
—¡Cuidado, Barry...! —gritó Marion, retrocediendo.

El periodista se volvió.

Justo en ese instante, la bestia le soltó un terrible zarpazo.

Barry Colman dio un gran salto y la poderosa garra del monstruo sólo destrozó el aire.

El reportero no pudo mantener el equilibrio y cayó al suelo, pero se incorporó velozmente.

Marion se abrazó a él, desesperada.

—¡Estamos perdidos, Barry! ¡Esa horrible bestia nos hará pedazos, como a los Parker!

—¡No pierdas la fe, Marion! ¡El teniente Gruber y sus hombres no tardarán en aparecer, con sus rifles, y darán muerte a la bestia!

—¡No llegarán a tiempo!

—¡Atrás, Marion! ¡La bestia nos ataca!

Efectivamente, el escalofriante ser avanzaba hacia ellos, con las garras prestas a abrir profundos surcos en los cuerpos de sus víctimas.

—¡Sepárate de mí, Marion! —ordenó Barry, empujando a la muchacha—. ¡Yo atraeré la atención de la bestia!

—¡Te matará, Barry!

—¡Procura salvarte tú y no pienses en mí!

Marion Brolin se sintió avergonzada.

—¡Perdóname, Barry!

—¿Por qué?

—¡Por todo lo que te dije! ¡Y por haber permitido que durmieras en la alfombra, como si fueras un perro!

—¿Quién piensa en eso ahora?

—¡Te quiero, Barry!

—¿Qué?

—¡Siempre te he amado!

La confesión de la muchacha distrajo momentánea mente a Barry Colman.

—¿De veras, Marion...?

—¡Sí, estoy loca por ti!

—¡Es maravilloso!

—¡Barry, cuidado...! —chilló Marion.

Colman no pudo reaccionar a tiempo, y pagó muy cara su distracción.

La garra de acero de la bestia cayó sobre su hombro izquierdo, desgarrando la ropa y la carne.

El reportero lanzó un alarido de dolor.

—¡Dios mío, no! —gritó Marion, viendo horrorizada cómo brotaba la sangre del hombro de Barry.

La otra garra de la bestia cayó sobre el cuello del periodista.

Fue como si lo degollara con un cuchillo carnicero.

Barry Colman se llevó las manos a la destrozada garganta, pero no pudo contener el manantial de sangre.
Tampoco pudo gritar.
La garra de la bestia le había cercenado las cuerdas vocales.
Barry Colman se derrumbó, mirando con ojos desorbitados a Marion Brolin.
La muchacha se había quedado paralizada de horror.
La bestia asesina se desentendió de Barry Colman y avanzó hacia la joven, con las peores intenciones.
Marion Brolin no se movió.
Sólo abrió la boca.
Y, cuando la bestia sanguinaria le soltó el primer zarpazo, destrozándole todo el seno izquierdo, la muchacha emitió un chillido desgarrador.

* * *

Tras el terrible zarpazo, Marion Brolin recibió una bofetada.
No se la dio la bestia asesina, sino Barry Colman. Era la única manera de que la muchacha despertara y dejara de sufrir aquella terrible pesadilla.
Marion, en efecto, abrió los ojos y vio el rostro de Barry muy cerca del suyo.
—¡Barry! —exclamó, aterrorizada todavía por la espantosa pesadilla.
—Vaya, al fin te has despertado —rezongó Colman.
—¿Despertado...?
—Sí, estabas dormida.
—Entonces, todo ha sido un sueño...
—Eso parece. Y no debía ser un sueño muy agradable, porque temblabas, te agitabas, te convulsionabas, gemías, pronunciabas palabras imposibles de entender... Finalmente, diste un grito de terror y no tuve más remedio que atizarte una bofetada, para despertarte.
Marion Brolin alzó los brazos y rodeó apretadamente el cuello de su colega.
—¡Ha sido una pesadilla horrible, Barry!
—Ya lo supongo.
—¡Soñé que la bestia asesina nos atacaba! ¡Nos estaba destrozando a los dos con sus temibles garras!
—Vaya. ¿Y cómo era la bestia de tu pesadilla?
—¡Monstruosa!
—Siento que hayas pasado un rato tan malo, preciosa.

—¡El peor de toda mi vida, te lo juro!
—Bueno, cálmate ya. El mal sueño terminó, todo está tranquilo.
—Sí, pero mi cuerpo sigue temblando de miedo.
—Con gusto te abrazaría, pero no quiero que me taconees la cara.
—No puedo hacerlo, no sé dónde está el zapato.
—Te cayó al suelo. ¿Quieres que te lo recoja?
—No, déjalo.
—Volveré a echarme en la alfombra, pues.
—Espera.
—¿Quieres alguna cosa?
—No puedes dormir en la alfombra, Barry.
—No es muy cómodo, desde luego, pero como tú no quieres que compartamos la cama...
—Puedes meterte en ella, si lo deseas.
—¿En serio?
—Si.
—¿Tan asustada estás...?
—Mucho.
—Está bien, me acostaré en la cama. Pero no olvides que lo hago porque tú me lo has pedido, ¿eh?
—No lo olvidaré, no te preocupes.
Barry Colman se desvistió rápidamente, conservando únicamente la camiseta y el slip. Acto seguido, se metió en la cama y su cuerpo buscó el contacto con el de Marion Brolin.
Ella no lo rehuyó.
Barry comenzó a acariciarle la espalda, las caderas, los muslos...
Marion se estremeció dulcemente y dijo:
—Esto no forma parte de mi petición, Barry.
—No, es pura iniciativa mía —sonrió él.
—¿Quieres aprovecharte de mí?
—En absoluto.
—¿Por qué me acaricias, entonces?
—Sólo trato de relajarte. Estás nerviosa, por lo de la pesadilla, y no es bueno que te duermas así.
—Tienes más cara que un camión de mudanzas.
Barry Colman rió.
—Me gusta acariciarte, Marion. Y a ti también te gusta que mis manos recorran tu cuerpo, confiésalo.
—No voy a permitir que me hagas el amor, te lo advierto.
—¿Quién piensa en eso? —repuso Barry, y la besó en los labios, con la habilidad que le caracterizaba.

CAPITULO VIII

Por la mañana, Barry Colman fue el primero en despertarse.
Su brazo seguía rodeando el cuello de Marion Brolin, que dormía abrazada a él.
Barry le retiró el cabello, la tomó suavemente de la barbilla, y depositó un tierno beso en sus entreabiertos labios.
Marion se despertó y abrió los ojos.
—Buenos días, cariño —dijo Barry, sonriéndole.
—Hola, bicho.
—¿Ya empezamos...?
—Dijiste que no pensabas hacerme el amor, y me lo hiciste dos veces.
—Otra pesadilla, sin duda.
—¿Vas a decirme que lo soñé?
—Seguro. En cuanto te di el primer beso, te quedaste dormida en mis brazos.
—Vamos, que me diste un beso anestésico.
—Eso parece.
—Me dan ganas de morderte.
—Y a mí, pero por otro motivo.
—Ya me mordiste bastante anoche, so cínico.
—En sueños, no lo olvides.
—Al diablo contigo —rezongó la joven, y saltó de la cama.
Estaba completamente desnuda.
En el suelo, tiradas, yacían sus prendas íntimas.
Marion las recogió y se las mostró a Barry.
—Conque soñé que me hacías el amor por partida doble, ¿eh?
Barry tosió.
—Será mejor que te vistas con rapidez, Marion. La temperatura de la habitación es demasiado baja como para pasearse en cueros por ella.
—Es la primera verdad que has dicho esta mañana —rezongó la muchacha, y se dio mucha prisa en ponerse la ropa.
Barry abandonó también la cama y procedió a vestirse.
—Espero que el teniente Gruber y sus hombres no se hayan ido sin mí —dijo.
Marion lo miró, preocupada.
—¿Con respecto a qué?
—A lo de ayudar a la policía a encontrar el rastro de la bestia asesina.
—Por supuesto que no.
—Sigo opinando que es muy peligroso.

—El teniente Gruber me prestará un rifle, ya lo oíste anoche.
—James Parker tenía una escopeta, y no le sirvió de nada —recordó la joven.
—Sin duda tenía mala puntería.
—No vayas, Barry —suplicó Marion.
Colman se quedó mirándola.
—¿Te preocupa lo que pueda sucederme?
—Pues claro que me preocupa. ¿Por quién me has tomado?
—Bueno, yo creí que me odiabas...
—Si te odiara, no habría permitido que me tocaras anoche. Y no vuelvas a decirme que lo soñé, porque te suelto una bofetada.
Barry sonrió.
—No me pasará nada, tranquilízate.
—¿Cómo lo sabes?
—Tengo una pata de conejo.
—De poco te servirá, si te encuentras con la bestia.
—No pienses más en eso. Anda, vamos.
Marion soltó un gruñido, pero no insistió.
Salieron los dos de la habitación.
El cuarto de baño estaba al fondo del corredor.
La puerta se encontraba abierta, y Lucy, la empleada de la señora Lormer, asomó por ella.
—Buenos días, señor Colman. Buenos días, señorita Brolin. ¿Han descansado bien...? —preguntó, con algo de malicia.
—Muy bien, gracias —respondió Barry.
—Me alegro.
—¿Se han levantado ya el teniente Gruber y sus hombres, Lucy?
—Oh, sí, tan pronto como amaneció. Desayunaron con rapidez, y se marcharon en sus coches.
—¡Maldita sea! —exclamó el periodista—. ¿Por qué no me llamaron?
—No lo sé, señor Colman.
—Porque no querían que fueses con ellos, Barry —dijo Marion, alegrándose de la temprana marcha de los policías.
—Si, es posible que ésa fuera la razón —masculló Colman—. Pero no me importa, ¿sabes? Si no quieren que les ayude a encontrar el rastro de la bestia asesina, lo buscaré por mi cuenta.
—¿Y cómo la matarás si te tropiezas con ella, a pedradas...? —repuso Marion, en tono burlón.
—Conseguiré un arma.
—¿Cómo?
—No lo sé, pero la conseguiré.
—Como no te hagas un tirachinas...
—Muy graciosa.

Lucy informó:
—La señora Lormer tiene una escopeta, señor Colman.
—¿De veras? —respingó el periodista.
—Sí, era de su difunto marido. ¿Por qué no se la pide?
—¡Ahora mismo!
Barry se disparó hacia la escalera.
Marion miró duramente a la empleada.
—¿Por qué no cerraste el pico, Lucy?
—¿Cómo?
—No debiste mencionar lo de la escopeta.
—El señor Colman dijo que necesitaba un arma...
—Sí, para salir en busca de esa bestia sanguinaria.
—Eso entendí yo.
—Eres una estúpida, Lucy —rezongó Marion, y se encaminó también hacia la escalera.

* * *

Era cierto que la señora Lormer tenía una escopeta, y no dudó en prestársela a Barry Colman.
Antes de abandonar la pensión, Barry y Marion desayunaron en el comedor, un tanto apresuradamente.
—¿Qué va a pasar con mi coche, Barry? —preguntó la muchacha.
—¿Tu coche...?
—Me dijiste que por la mañana iríamos en busca de un mecánico.
—Lo siento. Marion, pero no puedo perder tiempo en eso.
—Claro, como tú sí tienes coche...
—No te será difícil encontrar al mecánico. Pregúntale a la señora Lormer, ella te informará.
—Ni hablar. Yo voy a ir contigo, Barry.
—¿Qué?
—No quiero que me birles el reportaje, como hiciste otras veces.
—Pero, Marion, tú sabes que yo voy en busca de...
—De la bestia asesina, sí. Y he decidido que la buscaremos los dos.
—Marion.
—¿Qué vas a decirme, que es peligroso...?
—Sí.
—Antes te lo dije yo a ti, y no me hiciste ningún caso. ¿Por qué voy a hacértelo yo?
Barry suspiró.
—Está bien, te llevaré conmigo. Y ojalá no tenga que arrepentirme...
—Lo mismo digo —murmuró Marion, y apuró su taza de café.
Poco después, abandonaban la pensión, montaban en el «Dodge» de Barry Colman, y salían de Landerville, en busca de la bestia

salvaje que despedazara a los Parker.

CAPITULO IX

Barry Colman no tomó el camino que conducía a la casa de los Parker.

No quería encontrarse con el teniente Gruber y sus hombres.

Podría decirse que ellos habían embarcado y le habían dejado deliberadamente en tierra, y eso al reportero del *Montana Express* le había sentado como un tiro.

Barry Colman seguía decidido a buscar a la bestia asesinada por su cuenta y riesgo. Si tenía la suerte de encontrarla, y conseguía acabar con ella, se apuntaría un magnífico tanto.

El teniente Gruber y sus hombres se morderían los puños de rabia, seguro. De manera especial, el sargento Asner, que era quien menos simpatía le tenía.

—¿Te imaginas qué reportaje más fantástico, si encontramos a esa bestia asesina y le damos muerte, Marion? —dijo Barry.

—Sí que lo sería —respondió la muchacha.

—Quizá tengamos suerte, y lo consigamos.

—También es posible que no la tengamos, y la bestia nos descuartice a los dos.

—Si tienes miedo, ¿por qué no te quedaste en Landerville?

—Ya te lo dije. No quiero que me birles el reportaje.

—No me gusta la palabra «birlar».

—¿Prefieres otra más dura?

—Por favor, Marion, no empecemos a discutir. Si vamos a trabajar juntos, nos conviene estar unidos.

—Claro. Por eso nos «unimos» anoche.

—Fue una buena idea, porque hacía frío. Estábamos muy bien el uno en brazos del otro, transmitiéndonos mutuamente el calor de nuestros cuerpos.

Marion Brolin iba a replicar airadamente, cuando descubrió el tronco de un árbol tumbado en medio del camino.

—¡Cuidado, Barry! —exclamó.

Colman frenó su «Dodge».

—¿Quién diablos habrá tirado ese maldito tronco ahí? —barbotó, contrariado.

—Si fuera éste el camino que conduce a la casa de los Parker, diría que es cosa del teniente Gruber y sus hombres, para impedir que te reúnas con ellos —repuso Marion.

—Creo que yo también lo hubiera pensado, sí —rezongó Colman.

—Tendrás que dar marcha atrás, Barry.

—¡Ni hablar!

—¿Qué piensas hacer, pues?

—¡Retirar ese condenado tronco, naturalmente!
—No creo que puedas moverlo. Es demasiado grueso.
—Con tu ayuda, lo conseguiré. Vamos, Marion.
—No olvides coger la escopeta.

Barry tomó el arma y descendió del coche.

La escopeta estaba cargada.

Era un arma pesada, de dos cañones, y el periodista le había colocado un par de cartuchos antes de salir de la pensión. En los bolsillos de la chaqueta, llevaba algunos cartuchos más.

Marion se apeó también.

Caminaron los dos hacia el tronco.

Barry se colgó la escopeta a la espalda, para poder utilizar sus dos manos, y agarró el tronco por un extremo, tanteando su peso.

—Podremos con él, Marion. Venga, ayúdame. Lo arrastraremos hacia la derecha.

—Vamos allá.

Aunando sus fuerzas, Barry y Marion consiguieron mover el pesado tronco.

—¡Me canso, Barry!

—¡Animo, preciosa! ¡Ya falta poco!

—¡Pesa como un elefante!

—¡Vamos, un poco más de esfuerzo!

Marion apretó los dientes, para hacer más fuerza.

Barry también tenía los suyos apretados.

Hacía frío, pero ellos dos estaban sudando.

Segundos después, el grueso tronco estaba lo suficientemente retirado como para dejar paso al «Dodge» de Barry Colman.

—¡Basta, Marion! ¡No te canses más!

—¡Uf!, creí que no lo conseguiríamos —resopló la joven, irguiéndose.

—¡Somos dos tíos forzudos!

—¡Oye, tú, que yo de tío no tengo nada!

Barry se echó a reír.

—Pude comprobarlo esta mañana, cuando saltaste desnuda de la cama.

—No me lo recuerdes, maldito.

Barry la abarcó por la cintura y la atrajo hacia sí.

—¿Qué haces? —exclamó ella, poniéndole las manos en el pecho.

—Me ayudaste a retirar el tronco, y voy a premiarte con un beso.

—¿Y quién ha dicho que eso sea un premio para mí? En todo caso, para ti.

—Para los dos, admítelo —sonrió Barry, y la besó.

Marion fingió que ofrecía resistencia, pero ofreció tan poca, que no pudo ni engañarse a sí misma.

De repente, un poderoso rugido estremeció el lugar.

Barry y Marion se separaron al instante.

Vieron a la bestia asesina.

Acababa de surgir por entre los árboles.

El monstruoso ser avanzó hacia sus dos nuevas víctimas, con intención de hacer pedazos sus cuerpos.

* * *

Un terror infinito se apoderó de Marion Brolin.

—Dime que estoy soñando, Barry... ¡Dime que se trata de otra espantosa pesadilla! —chilló, agarrándose a él.

—¡No, Marion! ¡Esto es real! —dijo Colman, al tiempo que descolgaba la escopeta que le prestara la señora Lormer.

Empuñó el arma con firmeza y apuntó a la bestia asesina.

Barry apretó el gatillo.

El disparo dio en el musculoso tórax del monstruo, pero no le causó herida alguna.

La bestia soltó un nuevo rugido y prosiguió su avance, caminando como un hombre borracho, aunque a ella no le vacilaban las piernas. Simplemente, no las doblaba apenas, lo cual no dejó de extrañar a Barry Colman.

Más le extrañó, sin embargo, que la gigantesca bestia no acusara el certero escopetazo.

Barry estaba seguro de haberle acertado.

Marion no pensaba igual, y gritó:

—¡Has fallado, Barry! ¡Y la bestia se nos echa encima!

El reportero, sin perder la serenidad, apuntó de nuevo a la horripilante criatura y accionó el gatillo.

La bestia volvió a recibir el impacto en el pecho, pero tampoco acusó este segundo escopetazo.

—¡Has vuelto a fallar, Barry! —chilló Marion.

—¡No, maldita sea! ¡Estoy seguro de haberle acertado en ambos disparos! ¡Lo que ocurre es que los disparos no le hacen nada! ¡Tiene la piel demasiado dura!

—¡Huyamos, Barry! ¡Huyamos o nos hará pedazos!

—¡Si, corramos hacia el coche!

Barry y Marion se lanzaron hacia el «Dodge».

La muchacha tuvo la desgracia de pisar un hoyo de los muchos que había en aquel viejo camino y se precipitó de bruces contra el suelo.

—¡Barry...! —chilló.

El reportero se detuvo.

—¡Marion!

—¡Ayúdame, Barry! ¡Me he lastimado el tobillo!

Colman regresó junto a la joven, la ayudó a ponerse en pie, y la llevó hacia el coche.
—¡De prisa, Marion! ¡La bestia está muy cerca!
La muchacha, soportando el agudo dolor que sentía en el tobillo, movió las piernas lo más velozmente que pudo.
Alcanzaron el «Dodge».
Barry abrió la puerta de la izquierda y empujó a su compañera de profesión.
—¡Adentro, Marion! ¡Rápido!
La muchacha gateó por el asiento y dejó espacio para que entrara Barry.
El periodista saltó al interior del coche y cerró rápidamente la puerta.
Accionó la llave de contacto.
El motor rugió, pero no llegó a ponerse en marcha.
—¡No me falles ahora, condenado! —barbotó Colman, insistiendo nerviosamente con el contacto.
—¡Por Dios, Barry, arranca de una vez! —suplicó Marion, presa del pánico.
—¡Lo estoy intentando, pero...!
—¡La bestia, Barry! —chilló Marion.
El reportero sintió un ramalazo de frío.
La bestia asesina había alcanzado el coche, y estaba tratando de abrir la puerta de la izquierda.
Por fortuna, el cristal de la ventanilla estaba cerrado.
Claro que, si a la bestia le daba por romperlo...
Providencialmente, el motor del «Dodge» se puso en funcionamiento en aquel preciso instante.
Sin embargo, el coche no arrancó.
¡El monstruo lo frenaba con su poderosa fuerza!'
—¡Suelta la puerta, maldito! —rugió Barry, al tiempo que forzaba el motor al máximo, para ver si así...
La cosa dio resultado y el «Dodge» se disparó, aun que sin la puerta de la izquierda.
¡La bestia asesina se había quedado con ella en las manos!
¡La había arrancado de cuajo!
Pero, al menos, Barry y Marion habían conseguido escapar del terrorífico ser y salvar sus vidas, que era lo, importante.

CAPITULO X

El «Dodge» de Barry Colman se había alejado ya varios kilómetros del lugar en donde surgiese la espeluznante bestia asesina, pero Marion Brolin seguía temblando como un flan.

—¡No te detengas, Barry! ¡No te detengas! —suplicó, volviendo la cabeza por enésima vez, para convencerse de que el monstruoso ser no les seguía.

Barry Colman también miraba hacia atrás cada tres o cuatro segundos.

—¡Creo que podemos considerarnos a salvo, Marion!

—¡No importa! ¡Tú sigue conduciendo, Barry! ¡No pares el coche!

—¿Es que quieres que volvamos a Helena...?

—¡Exacto!

—¿Y los reportajes...?

—¡Al diablo con ellos! ¡Nuestras vidas son más im portantes, y hemos estado a punto de perderlas!

Barry Colman no replicó, porque era cierto que habían estado a punto de perecer, destrozados por la temible bestia salvaje. Sin embargo, pocos segundos después detenía el coche en el camino.

—¿Por qué diablos te paras? —exclamó Marion Brolin, mirando una vez más hacia atrás.

—Cálmate, preciosa. Estamos fuera de peligro.

—¡Y un rábano! ¡Estaremos en peligro mientras continuemos en la región!

—Yo no pienso abandonarla, Marion.

—¿Por qué no?

—Vine a hacer un reportaje sobre lo ocurrido en la casa de los Parker, y no me marcharé sin él.

—¡Estás loco!

—Ya sabemos más que la policía, Marion. Hemos visto con nuestros propios ojos a la bestia asesina que despedazó a los Parker, sabemos cómo es.

—¡Gigantesca! ¡Monstruosa! ¡Temible!

—Efectivamente —asintió Colman.

—¿Y sabiendo todo eso, insistes en darle caza...?

—Si.

—¡Le disparaste dos veces con la escopeta, y sólo le hiciste cosquillas!

—Cierto.

—¡Tendrías que dispararle con un cañón, para abatirla! ¡Y no creo que consigas ninguno!

—Analicemos con calma a la bestia, Marion.

—¡Déjate de análisis! ¡Yo lo que quiero es largarme de la región, antes de que aparezca de nuevo ese monstruoso ser y nos haga pedazos!

—Si aparece, pondré el coche en marcha y lo burlaremos, no temas.

—¿Y si no arranca...? ¡Recuerda que antes le costó!

Barry Colman hizo una prueba.

Apenas accionó el contacto, el motor se puso en funcionamiento.

—Ahora no falla, ya lo ves —dijo.

—Pero puede fallar más adelante, Barry. Vámonos, por favor.

—Te pido sólo unos minutos, Marion.

—¿Para qué?

—Quiero que hablemos de la bestia, ya te lo he dicho. No pertenece a ninguna especie conocida, es un monstruo... Camina como nosotros, aunque lo hace con torpeza, sin doblar apenas las rodillas, como si llevara piernas ortopédicas.

—¿Piernas ortopédicas...?

—Bueno, es sólo una comparación, claro.

—Una comparación ridícula, tienes que reconocerlo.

—Tal vez, pero ésa es la impresión que me dio. La bestia se me antoja mitad hombre y mitad animal. Si tuviera manos y pies, en vez de garras, y una cabeza menos monstruosa, parecería un ser humano. Con mucho £elo, pero un ser humano.

—Es una fiera salvaje, Barry. Está más claro que el agua.

—¿Y por qué no acusó los disparos de escopeta...?

—Porque tiene la piel muy dura, tú mismo lo dijiste.

—De acero tendría que tenerla, para rechazar dos tremendos escopetazos —rezongó Colman—. Le disparé desde muy cerca, es increíble que los tiros no hiciesen mella en ese horrible ser. Parecían rebotar en su cuerpo. Como si llevara puesta una armadura, vamos. Incluso me pareció escuchar un sonido metálico, ahogado por el estruendo de los disparos.

Marion lo miró severamente.

—No digas más tonterías, ¿quieres?

—¿Y si fuera un robot?

—¿Robot...?

—Sí, un robot articulado. Un ingenio mecánico, creado por alguna mente perversa para asesinar.

—¡Qué disparate!

—¿De verdad te lo parece, Marion?

—¡Pues claro!

—Eso explicaría muchas cosas, ¿sabes? Su forma de caminar, el rechazo de los disparos, el sonido metálico que creí oír...

—¿Y qué me dices de los rugidos?

—Puede que no fueran verdaderos.

—A mi me parecieron de lo más auténticos.

Barry Colman guardó silencio.

Marion Brolin le puso la mano en el hombro y se lo apretó suavemente.

—No le des más vueltas al asunto, Barry. Era una bestia de carne y hueso, enorme, terrorífica, tan poderosa que los disparos de escopeta no pueden con ella. James Parker hizo uso de la suya, y tampoco pudo abatir a ese ser monstruoso.

El reportero la miró.

—Los Parker... La bestia los destrozó, pero no devoró sus cuerpos. ¿Por qué, Marion?

—No tendría hambre, supongo.

—Quizá no la tenga nunca.

—¿Qué quieres decir?

—Las máquinas no comen, Marion.

—¿Máquinas...?

—Cada vez es más fuerte mi sospecha de que se trata de una bestia de acero, construida por el hombre con apariencia de fiera monstruosa para ocultar que se trata de un robot articulado. El pelo que cubre su cuerpo no es natural, como tampoco lo son sus rugidos. En cuanto a sus ojos... Tienen una mirada rara, como si no viera por ellos.

Marion Brolin movió la cabeza.

—Creo que te estás volviendo loco, Barry. Las cosas que dices...

—Es posible que esté equivocado, pero te aseguro que sigo perfectamente cuerdo. Tengo una teoría, y te la he expuesto. A ti te parece descabellada, por lo fantástica, y no te lo reprocho. A mí también me parece fantástica, pero no imposible. La verdad, la sabremos cuando nos encontremos de nuevo con la bestia asesina. Ahora ya sé dónde debo apuntarle con la escopeta. Si realmente se trata de un robot articulado, su punto débil estará en la cabeza. Y, si no es un ingenio mecánico, también. El rinoceronte tiene la piel muy dura, pero si le das un balazo en un ojo...

Marion lo cogió del brazo.

—Habla con el teniente Gruber, Barry, y deja que él y sus hombres...

—No, Marion. Yo encontré a la bestia asesina, y yo acabaré con ella, tanto si es de carne y hueso, como si se trata de una máquina diseñada para cometer los más horrendos crímenes.

—¡Es una locura, Barry!

—Te repito que estoy muy cuerdo, Marion. Te llevaré a Landerville, y luego buscaré solo a la bestia —decidió el periodista, y puso el «Dodge» en marcha.

CAPITULO XI

Barry Colman no hizo dar la vuelta a su coche, sino que siguió adelante por aquel camino, esperando encontrar otro que les permitiera regresar a Landerville.

Por su gusto, hubiera regresado por aquel mismo camino, pero con lo asustada que estaba Marion Brolin, no era posible. No debía, tampoco, arriesgar la vida de la muchacha.

Era él quien quería cazar a la bestia asesina, no ella.

Marion ya se había arriesgado bastante.

Algunos kilómetros después, encontraban un camino a la izquierda.

Barry metió su «Dodge» por él.

Escasos minutos después, descubrían una magnífica cabaña.

—¡Mira, Barry! —exclamó Marion.

—Es una cabaña... —murmuró Colman.

—¡La puerta está destrozada!

—Si, ya lo veo.

—¿Crees que la bestia asesina...?

—Eso parece, Marion.

—¡Dios mío, ese monstruo sanguinario está en todas partes!

—Echaré un vistazo.

—¡No, no te detengas, Barry! ¡No pares el coche, pasa de largo!

—No puedo hacer eso, Marion. Tengo que saber lo que ha ocurrido en esa cabaña. Tal vez haya alguien con vida, y podamos prestarle auxilio.

—¡Tú lo que quieres es enfrentarte de nuevo con la bestia!

Barry Colman no respondió, pero detuvo el «Dodge» cerca del «Buick» plateado que se veía parado frente a la cabaña.

Después, el reportero cogió la escopeta y le colocó dos nuevos cartuchos.

—Espérame aquí, Marion.

—¡No! —gritó ella.

—Sólo tardo un minuto, no temas.

—¡No quiero quedarme sola, Barry! ¡Prefiero ir contigo!

—¿Podrás caminar?

—Creo que sí. El tobillo me duele menos que antes.

—Está bien, acompáñame.

Barry salió del coche.

Como el lado izquierdo del «Dodge» carecía ahora de puerta, no tuvo que molestarse en abrirla.

Marion descendió también.

Apenas apoyó el pie lastimado en el suelo, emitió un gritito y encogió la pierna.

—¿Te ayudo, Marion?
—No, no quiero que te distraigas, Barry. Lo único que haré, será apoyarme en tu hombro. Tú no dejes de empuñar firmemente la escopeta. La bestia asesina puede aparecer en cualquier momento.
—No lo creo. Estamos muy lejos del lugar en donde nos atacó.
—Es evidente que estuvo aquí, Barry.
—Sí, pero antes de atacarnos a nosotros, no después.
Marion no replicó.
Se apoyó en el hombro de Barry, quien avanzó hacia la cabaña.
Marion, cojeando sensiblemente, 1c acompañó.
Alcanzaron la destrozada puerta.
Lo primero que vieron, al asomarse a la cabaña, fue el cuerpo destrozado de un perro.
Era «Lobo», el bravo y fiel can de Walter Hendrix.
—¡Qué horror! —exclamó Marion, sintiendo unas náuseas terribles.
Tuvo que apartar su mirada del cuerpo despedazado del perro, para no devolver el desayuno.
Los ojos de Barry Colman recorrieron el interior de la cabaña, desde el umbral de la misma.
Todo estaba destrozado.
El periodista no lardó en descubrir el cadáver de Walter Hendrix, tan despedazado como el de su perro.
Barry cerró un instante los ojos, terriblemente impresionado.
Después, se volvió hacia su compañera y la tomó por los hombros.
—No puedes entrar aquí, Marion. El espectáculo es demasiado horrendo, no lo resistirías. Te llevaré al coche.
La muchacha dijo que no con la cabeza.
—Aguardaré aquí, en la puerta.
—Como quieras.
Marion se apoyó en el marco de la puerta y Barry se adentró en la cabaña, lentamente, sobrecogido, con las tripas hechas un nudo.
El reportero también sentía náuseas, pero hizo un esfuerzo y logró vencerlas. Echó un vistazo a todo, y luego regresó junto a Marion.
—Volvamos al coche —dijo, con voz oscura.
La muchacha se apoyó de nuevo en su hombro.
—¿Cuántos muertos hay? —preguntó.
—Sólo uno. Es un hombre. Está horriblemente despedazado. Como el perro.
—Cielos, qué espanto.
—Debía tratarse de un cazador. Se defendió con su escopeta, pero sus disparos no frenaron a la bestia. Hay un lefio fuera de la chimenea, lo que me hace sospechar que el cazador, convencido de la inutilidad de su escopeta, agarró uno de los lefios que ardían en la chimenea e intentó hacer retroceder a la bestia con él. Una gran idea,

porque todo el mundo sabe que los animales temen al fuego. Sin embargo, la bestia no retrocedió. Una prueba más de que mi teoría no es tan descabellada como tú piensas, Marion. La bestia no retrocedió porque no es de carne y hueso. Por eso no teme al fuego. Es un robot articulado, cada vez estoy más convencido de ello.

Marion no le llamó loco esta vez.

Se encontraban ya junto al «Dodge».

Barry abrió la puerta de la derecha y Marion se introdujo en el coche.

—Espera un segundo, Marion —rogó el periodista.

—¿Adónde vas?

—Quiero echar un vistazo al coche del cazador, para averiguar el nombre de la víctima. Figurará en la documentación.

—Date prisa. Barry. Estoy desfallecida de horror y de pánico.

—Vuelvo en seguida, no te preocupes.

Barry Colman se acercó al «Buick» plateado, lo abrió, cogió la documentación, y la revisó, regresando después junto a Marion Brolin.

—Se llamaba Walter Hendrix, y vivía en Helena —informó a la muchacha.

Después, puso el motor en marcha y el «Dodge» arrancó, alejándose de la cabaña del infortunado Walter Hendrix.

* * *

Marion Brolin iba muy callada.

Barry Colman no quiso romper el silencio.

Sabía que la muchacha estaba reflexionando sobre todo lo que él había dicho con respecto a la bestia asesina.

Marion confirmó sus pensamientos, al decir:

—Empiezo a creer que tienes razón, Barry.

—Me alegro.

—Lo que no entiendo es por qué creó alguien un robot asesino, una máquina para matar, después de aterrorizar a sus víctimas con su aspecto de bestia monstruosa.

—Eso tampoco lo entiendo yo, Marion. Debe tratarse de algún científico tan inteligente como chiflado. A veces, de tan listo que es uno, se vuelve majara perdido. No veo otra explicación. Una persona vulgar y corriente, no puede crear una máquina tan compleja y tan perfecta. Necesariamente, tiene que ser obra de un sabio. Y, el sabio en cuestión, tiene sus facultades mentales perturbadas. De otro modo, no utilizaría su invento para asesinar brutalmente a hombres y mujeres inocentes.

—Pienso lo mismo que tú, Barry.
—Vaya, creo que es la primera vez que estamos de acuerdo en algo —sonrió Colman.
Marion Brolin también sonrió.
—¿Por qué?
—Si no hubiera sido por ti, la bestia asesina me habría hecho pedazos. Me encontraba tirada en el suelo, sin poder levantarme, y tú me ayudaste.
—¿Cómo iba a permitir que la bestia hiciese pedazos algo tan bonito?
—Siempre tienes un piropo a punto.
—Es que tu presencia me inspira.
—¿Puedo darte un beso, Barry?
—¿Por qué?
—Como premio por haberme ayudado a escapar de la bestia.
—¿Y quién ha dicho que un beso sea un premio para mí...? En todo caso, lo será para ti.
Marion Brolin rió.
—Me has devuelto la pelota, ¿eh?
—Sí, pero la jugada aún no ha terminado. Te falta rematarla.
—Diciendo que el beso será un premio para los dos, ¿no?
—Exacto.
—Pues ya está dicho —sonrió la muchacha, y besó en los labios a su compañero de profesión.
Fue un beso corto, naturalmente, porque Barry iba conduciendo su coche y no podía distraerse. Pero fue un beso cálido y sincero, dado, más que con los labios, con el corazón.
Barry se dio cuenta de ello y dijo:
—Gracias, Marion.
—¿Por qué?
—Por haberme besado así.
—Tú besas mejor que yo.
—Cuando esto termine, tú y yo tenemos que hablar en serio.
—¿De veras?
—Si, tenemos que tratar un asunto muy importante.
Marion iba a decir algo, cuando descubrió a lo lejos una bonita casa de campo.
—¡Es la casa de los Parker! —exclamó, reconociéndola en el acto.

CAPITULO XII

Efectivamente, aquel camino les habla llevado a la casa de las primeras víctimas de la bestia asesina.
Frente a la casa, estaban los dos coches de la policía.
Barry Colman vio al teniente Gruber, conversando con uno de sus hombres, pero dejaron de hablar al descubrir que un coche se acercaba.
Segundos después, el reportero del *Montana Express* detenía su «Dodge» junto a los vehículos de la policía.
—¿Qué diablos ha hecho con la puerta que le falta a su coche, Colman...? —exclamó Nick Gruber.
—Alguien se encaprichó de ella, y tuve que regalársela —respondió Barry, saliendo del «Dodge».
—Déjese de bromas, Colman. Salta a la vista que la puerta fue arrancada.
—En efecto, fue arrancada. Y de cuajo.
—¿Qué pasó?
—La bestia asesina se quedó con ella.
—Otra broma, ¿no?
—No, teniente. La bestia nos atacó.
Gruber miró a Marion Brolin, que seguía en el interior del «Dodge».
—¿Es cierto?
—Si, teniente —confirmó la muchacha—. Me lastimé un tobillo, huyendo de ese monstruoso ser. Por eso no salgo del coche. Cuando descanso el pie en el suelo, me duele bastante.
Nick Gruber volvió a encararse con Barry Colman.
—Cuéntemelo todo, Colman.
—Deberla negarme, después de la faena que me hicieron.
—¿De qué faena habla?
—No se haga el despistado, teniente Gruber. Sabe muy bien que anoche quedamos en que yo les ayudaría a encontrar el rastro de la bestia asesina. Incluso dijo que me prestaría un rifle.
—Es cierto.
—¿Por qué abandonaron la pensión sin mí, entonces?
—Era muy temprano, y no me atreví a despertarle.
—No sea hipócrita, teniente.
—Es la verdad, Colman. Pensé que, más tarde, acudiría usted aquí y nos prestaría su colaboración. Pero, por lo que veo, prefirió buscar solo a la bestia... —Gruber se fijó en la escopeta que llevaba el periodista en las manos—, ¿Cómo consiguió ese arma?
—Me la prestó la señora Lormer.
—Ya.

—¿Dónde están el sargento Asner y el resto de los hombres, teniente Gruber?
—Buscando el rastro de la bestia.
—Espero, por su bien, que no se encuentren con ella.
—Van bien armados.
—De nada les servirá. Es inútil disparar contra una plancha de acero, ¿no cree?
Nick Gruber pestañeó.
—¿Plancha de acero...?
—Sí, eso he dicho.
—¿De qué diablos está hablando, Colman?
—Vayamos por partes, teniente Gruber. Primero, le referiré nuestro encuentro con la bestia asesina; después, le diré lo que pienso sobre ese terrorífico ser.

* * *

El sargento Asner iba acompañado del detective Sleen.
Los otros dos detectives, Kayden y Yorkin, rastreaban un lugar distinto.
ge habían alejado los cuatro bastante de la casa de los Parker, en su afán de encontrar las huellas de la bestia asesina. No obstante, ambas parejas iban provistas de pequeños transmisores, para poder mantenerse en contacto entre sí o con el teniente Gruber y Magnusson, el detective que quedara en la casa de los Parker, con Nick Gruber.
Troy Asner llamó a Kayden y Yorkin.
—¿Alguna novedad, muchachos?
—Ninguna, sargento —respondió el segundo.
—Seguid buscando. Y, si encontráis algo, avisadnos.
—Entendido, sargento.
Asner cortó la llamada y él y Sleen siguieron rastreando.
Ninguno de los dos sospechaba lo cerca que se encontraban de la bestia asesina.
Y de la muerte, si no andaban listos.
El temible ser acechaba tras un espeso matorral.
Y Asner y Sleen iban directamente hacia él.
Rodearon el matorral, uno por cada lado.
Sleen fue el primero en descubrir al monstruo.
La sorpresa le dejó paralizado un par de segundos.
La bestia no necesitó más para soltarle un zarpazo y destrozarle la garganta, al tiempo que emitía un rugido.

El detective dejó caer el moderno fusil y se derrumbó, prácticamente degollado por la poderosa garra del monstruo.
El sargento Asner surgía en ese preciso momento por el otro lado del enorme matorral.
—¡Sleen...! —gritó, estremecido.
La bestia asesina se volvió hacia él, dando otro rugido.
Troy Asner reaccionó con celeridad y disparó sobre el escalofriante ser, pero las balas, sorprendentemente, rebotaron en el pecho del monstruo, produciendo un sonido metálico que el propio tronar del arma ahogó literalmente.
El hecho llenó de estupefacción al sargento Asner.
No lograba explicarse lo que sucedía.
Y jamás se lo explicaría, porque la bestia se había acercado tanto a él que no pudo esquivar su mortal zarpazo.
Troy Asner se desplomó con la garganta desgarrada, como el detective Sleen. Bañado en sangre. Medio muerto ya.
La hemorragia era tan brutal, que a ambos les quedaban solamente unos pocos segundos de vida.
A pesar de ello, la bestia asesina se ensañó con ellos, destrozándoles de la cabeza a los pies, como hiciera con los Parker y con Walter Hendrix.
Y como hubiera hecho con Barry Colman y Marion Brolin, de haberlos pillado.

* * *

El teniente Gruber y el detective Magnusson estaban perplejos.
Barry Colman acababa de exponerles su teoría, después de narrarles su enfrentamiento con la bestia asesina y comunicarles la muerte de Walter Hendrix y su perro, a manos del monstruo.
A garras del monstruo, para ser exactos.
Nick Gruber movió la cabeza.
—Eso es imposible, Colman... —murmuró.
—¿Porqué?
—No existe ningún robot así en el mundo entero.
—Espere a que el inventor de éste decida fabricarlos en serie, y verá —repuso Barry, socarrón.
—No puede ser una máquina, tiene que haber otra explicación más lógica.
—Le aseguro que la bestia es de acero, teniente. Y, por dentro, debe de estar llena de piezas, tuercas, cables y circuitos eléctricos. No es un ser de carne y hueso, créame.

Nick Gruber dio una furiosa patada en el suelo.

—¡No puedo admitirlo, maldita sea!

—Peor para usted, teniente Gruber. Y para sus hombres. Si se encuentran con esa poderosa bestia de acero, las balas dé sus fusiles rebotarán en su cuerpo como si fueran de goma y el robot los hará pedazos a todos.

—¡Cállese, Colman!

—Está bien, no diré nada más. Pero Marion Brolin es testigo de que les avisé y no me hicieron caso. Yo me lavo las manos. De lo que pueda ocurrir de ahora en adelante, será usted el responsable, teniente Gruber.

Nick Gruber no replicó esta vez.

Barry Colman se sentó al volante de su «Dodge».

—Espere, Colman —rogó Gruber.

—¿Quiere alguna cosa, teniente?

—¿Adónde va?

—Vuelvo a Landerville.

—¿Abandona la lucha?

—Es su lucha, teniente Gruber, no la mía.

—Usted la hizo suya, también. Salió en busca de la bestia asesina y se enfrentó a ella. No pudo abatirla, pero tampoco se dejó atrapar por ella, cosa que los Parker y Walter Hendrix no pudieron evitar.

—Cierto.

—Quédese, Colman.

—¿Que me quede...?

—Sí, le necesitemos.

—Jamás creí que un policía me diría eso —sonrió Barry.

—Pues ya lo ha oído. Usted ha visto a la bestia, y nosotros no. Puede sernos de gran ayuda, Colman.

—Tranquilícese, teniente Gruber. Jamás pensé en abandonar la lucha. Si regreso a Landerville es porque no quiero que Marion corra más riesgos. La dejaré en el pueblo y volveré rápidamente.

—Gracias, Colman.

Marion Brolin se dejó oír:

—He cambiado de idea, Barry.

—¿Qué?

—No quiero volver a Landerville. Deseo estar a tu lado.

—Pero...

Justo en aquel momento, se escucharon unos disparos lejanos.

Barry Colman, Marion Brolin, el teniente Gruber, y el detective Magnusson, sintieron sendos escalofríos, pues adivinaban que el sargento Asner y los detectives que le acompañaban se habían tropezado con la bestia asesina.

CAPITULO XIII

Los detectives Kayden y Yorkin también habían oído los disparos.

Y con más claridad, pues ellos se encontraban más cerca del lugar en donde el sargento Asner y el detective Sleen estaban siendo despedazados por la bestia de acero, que el teniente Gruber y los demás.

—¡Disparos, Yorkin! —exclamó Kayden.

—¡El sargento Asner y Sleen han encontrado a la bestia asesina! —adivinó Yorkin.

—¡Corramos hacia allí! ¡Puede que necesiten ayuda!

—¡Sí, vamos!

Los dos detectives se dispararon.

Como los estampidos habían cesado ya, Yorkin tomó el pequeño transmisor y llamó al sargento Asner, aunque sin dejar de correr.

Troy. Asner no respondió a la llamada.

Tampoco lo hizo el detective Sleen.

—¡No contestan, Kayden!

El detective Kayden apretó su fusil con rabia.

—¡Sigue corriendo, Yorkin! ¡Tenemos que llegar a tiempo de salvar al sargento Asner y a Sleen!

* * *

El teniente Gruber también estaba llamando al sargento Asner.

Al ver que Asner y Sleen no respondían, llamó a Kayden y Yorkin.

Este último contestó a la llamada.

—¡Yorkin al habla!

—¡Soy el teniente Gruber! ¿Qué fueron esos disparos, Yorkin?

—¡El sargento Asner y Sleen han sido atacados por la bestia asesina, teniente! ¡Oímos los rugidos de esa fiera salvaje!

—¡He llamado a Asner, pero no contesta!

—¡Tampoco nos respondió a nosotros! ¡Nos tememos que la bestia haya acabado con ellos! ¡Por si aún están con vida, estamos corriendo hacia el lugar en donde fueron atacados por la bestia asesina! ¡Estamos ya muy cerca, teniente!

Barry Colman, que había salido nuevamente del «Dodge», indicó:

—¡Que le disparen a los ojos, teniente! ¡Dígaselo a sus hombres!

—¿A los ojos...?

—¡Es el único punto débil del robot, estoy seguro!

—Robot... —musitó Gruber, porque todavía tenía sus dudas al respecto.

—¡De prisa, teniente! ¡No pierda tiempo!

—Está bien. ¡Yorkin! —llamó Gruber por el transmisor.
Yorkin no respondió.
En lugar de la voz del detective, se oyó un espantoso rugido.
Era la bestia de acero.
Estaba atacando a Kayden y Yorkin.

* * *

Yorkin no tuvo tiempo de contestar a la llamada de su superior.
La bestia asesina había surgido súbitamente, soltando zarpazos.
Yorkin dejó caer el transmisor al suelo, pues necesitaba ambas manos para manejar su fusil.
Kayden ya estaba disparando el suyo.
Las balas, como en los casos anteriores, rebotaron en el metálico cuerpo del monstruo.
Kayden, aterrado, quiso retroceder, pero la bestia de acero le alcanzó con una de sus garras y le abrió el pecho de arriba abajo.
El detective emitió un alarido ensordecedor y se desmoronó, perdiendo sangre a borbotones.
Yorkin estaba disparando ya sobre el espantoso ser, pero sin ningún resultado.
La bestia le atacó y le desgarró la cara, arrancándole incluso el ojo derecho.
Yorkin lanzó un grito ronco, potente, infrahumano, al tiempo que dejaba caer el fusil y se llevaba las manos al destrozado rostro, chorreante de sangre.
La bestia le soltó otro zarpazo, desgarrándole el abdomen.
Yorkin cayó al suelo, con las vísceras fuera.
De lo que le sucedió después, ya no se enteró, porque estaba muerto.
Tan muerto como Kayden.

* * *

El teniente Gruber había repetido insistentemente sus llamadas, pero sin el menor resultado.

El eco de los lejanos disparos confirmó lo que Nick Gruber, el detective Magnusson, Barry Colman y Marion Brolin temían: la bestia asesina había atacado también a Kayden y Yorkin.

Y, el posterior silencio de los detectives Kayden y Yorkin, confirmó otra cosa: la bestia de acero los había hecho pedazos a los dos, como pocos minutos antes hiciera pedazos al sargento Asner y al detective Sleen.

Barry Colman, gravemente, dijo:

—Es inútil que siga llamando, teniente Gruber. Kayden y Yorkin no responderán. Esa máquina asesina los ha matado. Como mató al sargento Asner y a Sleen. Sabía que ocurriría eso, si se tropezaban con ese poderoso robot.

Nick Gruber, pálido, cerró el transmisor y bajó el brazo que lo sostenía.

—Estaba usted en lo cierto, Colman —murmuró—. Esa bestia no puede ser de carne y hueso, cuando los fusiles de mis hombres no han logrado abatirla.

—Es de acero, ya se lo dije. Por eso las balas rebotan en su cuerpo. Hay que dispararle a los ojos, para que puedan penetrar en su interior y destrozar su mecanismo. Es la única manera de acabar con ese maldito robot.

—Magnusson y yo vamos a ir en su busca. ¿Viene usted con nosotros, Colman?

—No será necesario que vayamos en busca del robot, teniente Gruber. Le apuesto lo que quiera a que él ya se dirige hacia aquí —respondió el periodista.

Nick Gruber entornó un ojo.

—¿Cómo lo sabe, Colman?

—Saberlo, no lo sé. Pero lo intuyo, teniente. El creador de ese poderoso robot quiere acabar con todos nosotros, eso es evidente. Y, de manera especial, con Marion y conmigo, porque conseguimos escapar del ata que de su máquina asesina. Debió sentarle muy mal que su robot fracasara con nosotros.

—Seguro que sí.

—Entremos en la casa, teniente Gruber. Y preparémonos para recibir debidamente a la bestia de acero. Ya verá como no tarda mucho en aparecer —profetizó el reportero.

* * *

Los minutos transcurrían lentamente.

El silencio, en la casa de los Parker y sus alrededores, era absoluto.

El teniente Gruber y el detective Magnusson cubrían la puerta de la casa, mientras que Barry Colman se hallaba apostado en una ventana.

El reportero del *Montana Express* ya no empuñaba la pesada escopeta que le prestara la señora Lormer, sino uno de aquellos modernos fusiles que utilizaba la policía.

Barry se lo había pedido al teniente Gruber, consciente de que se

trataba de un arma mucho más apropiada para alcanzar de lleno en los ojos al robot asesino.

Nick Gruber estuvo de acuerdo, y no dudó en prestarle el fusil.

Junto a Barry Colman, se hallaba Marion Brolin, con su cámara fotográfica en las manos.

La muchacha tenía intención de fotografiar a la bestia de acero, en cuanto ésta apareciera, soltando falsos rugidos. Si todo salía bien, y conseguían abatir al temible robot, aquellas fotos tendrían un gran valor.

Barry pensaba lo mismo, y celebraba la idea de Marion, a la vez que admiraba a la joven por su valor. Se estaba jugando la vida, como todos ellos, y ella lo sabía.

Sin embargo, se había negado a regresar a Landerville.

Marion Brolin era una muchacha valerosa, no cabía duda.

Y una gran periodista, también.

Barry y Marion estaban muy atentos a los árboles que rodeaban la casa. De cuando en cuando, sin embargo, cambiaban una breve mirada y se sonreían levemente.

En una de esas ocasiones, Barry le dio un fugaz beso a la joven y dijo:

—Te quiero, Marion.

—Y yo a ti, Barry.

No pudieron decirse nada más.

La bestia de acero acababa de surgir por entre los árboles, dando rugidos, y ya avanzaba hacia la casa, con su peculiar forma de andar.

* * *

—¡Ahí la tenemos, teniente! —exclamó Barry Colman—. ¡Disparen!

El teniente Gruber y el detective Magnusson hicieron funcionar sus fusiles.

Barry Colman accionó el gatillo del suyo.

Al mismo tiempo, Marion Brolin disparaba su cámara fotográfica.

Los balanceos de la bestia de acero, unido a la distancia que todavía le separaba de la casa, impedía a los tres tiradores acertar en los ojos del robot.

De pronto, una de las balas dirigidas por el reportero del *Montana Express* alcanzó en el ojo izquierdo al robot.

Casi al mismo tiempo, otro proyectil, enviado por el teniente Gruber, destrozaba el ojo derecho de la máquina asesina.

La bestia de acero se detuvo en seco.

El par de balas no sólo habían destrozado sus ojos, sino que habían penetrado en el interior de su cabeza, causando destrozos mucho más serios.
De los ojos del robot, ahora vacíos, empezaron a brotar chispas y humo, acompañado todo ello de extraños ruidos.
De repente, sobrevino una explosión y la bestia de acero se derrumbó, toda de una pieza.
Su mecanismo había quedado pulverizado.
Ahora, el temible robot no era más que un montón de chatarra.

* * *

El teniente Gruber, el detective Magnusson, Barry Colman y Marion Brolin, habían salido de la casa y rodeaban a la falsa bestia, estudiándola de cerca.
De pronto, sonó un disparo y el detective Magnusson se desplomó, alcanzado en el pecho.
—¡Al suelo! —gritó Nick Gruber, dejándose caer.
Barry y Marion se arrojaron a tierra, también.
Varias balas picotearon muy cerca de sus cuerpos, sepultándose en la tierra.
Barry Colman y el teniente Gruber respondieron al fuego del hombrecillo que, parapetado tras un árbol, intentaba acabar con ellos con un rifle.
Barry afinó la puntería.
El teniente Gruber hizo lo propio.
Los dos dieron en el blanco.
El hombrecillo emitió un aullido de muerte y se derrumbó, quedando inmóvil en el suelo, boca arriba, don un orificio de bala en el pecho y otro en el cuello, por los que escapaba la sangre en abundancia.

EPILOGO

Barry Colman se irguió, con el fusil en las manos.

—Ocúpese de Magnusson, teniente Gruber —dijo, y fue hacia el lugar donde yacía el hombre que les atacara.

Apenas verle la cara, el reportero lo reconoció.

Había visto su foto en los periódicos, tiempo atrás.

Se trataba de Lionel Quax, un científico que tuvo que ser expulsado del centro de investigación en donde trabajaba, por sus continuas extravagancias y experimentos absurdos, algunos de ellos considerados también peligrosos.

Desde entonces, no se había sabido nada del chiflado e irresponsable profesor Quax, quien, por lo visto, se hallaba muy atareado creando su bestia asesina, una máquina perfecta para matar y destruir, para sembrar el pánico y el terror.

Con su poderoso robot, y llevado de su locura, Lionel Quax había querido vengarse de la gente. Y sin duda escogió la región de Landerville porque era un lugar ideal para probar su robot asesino, con muchos bosques, pocos habitantes, y la frontera canadiense muy próxima, lo que facilitaría su huida si las cosas se ponían feas.

La destrucción de su robot le había puesto tan furioso, que la emprendió a tiros con los hombres que habían acabado con su poderosa máquina.

El muerto, sin embargo, había sido él.

No volvería a crear más robots asesinos.

Barry Colman regresó junto a Marion Brolin, el teniente Gruber, y el detective Magnusson, quien, afortunadamente, seguía con vida y tenía muchas posibilidades de conservarla, pues la herida, aunque grave, no era mortal.

Así lo confirmó el médico de Landerville, cuando examinó al herido.

Tampoco la torcedura de tobillo de Marion Brolin era importante.

Barry Colman ayudó al teniente Gruber a encontrar los cuerpos despedazados del sargento Asner y los detectives Sleen, Kayden y Yorkin.

Concluida aquella desagradable, pero necesaria misión, el reportero se reunió con Marion Brolin, que se hallaba en la habitación que ocupaban en la pensión de la señora Lormer, echada en la cama, porque el médico le había aconsejado que descansara la pierna lastimada.

Barry Colman se sentó en la cama y besó a la muchacha.

—¿Cómo sigue tu tobillo, Marion?

—Mejor.

—Bien, entonces podemos hablar de nuestro futuro.

—Hablemos.
—Quiero casarme contigo.
—Casarse es algo muy serio, Barry.
—Lo sé, y por eso jamás se lo he pedido a ninguna mujer. Si te lo pido a ti es porque estoy seguro de que a tu lado me sentiré el hombre más feliz del mundo. Aunque me llames bicho de vez en cuando.

Marion Brolin sonrió y le pasó los brazos por el cuello.

—Me casaré contigo, bicho —dijo, y le ofreció los labios.

Barry Colman la besó con ganas y la abrazó estrechamente.

Una semana después, contraían matrimonio.

Y, para entonces, Barry Colman y Marion Brolin eran ya los reporteros más famosos de los Estados Unidos, gracias a los reportajes que sus respectivos periódicos habían publicado sobre los trágicos sucesos de Landerville.

De ellos dos, del profesor Quax y de la bestia de acero, se seguiría hablando mucho tiempo...

FIN





Impreso en España PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.